Retazos
Marcelo Jaña Ramos

Diseño de portada:

1era Edición: agosto de 2017
500 ejemplares
ISBN 978-956-393-497-7
Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual N° 287192
Diseño y diagramación:
Gráfica LOM

Concha y Toro 25, Santiago-Centro
Fono: (56 2) 2 860 6800
graficalom.cl

Impreso en los talleres de Gráfica LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Fono: (56 2) 2 716 9695
Santiago de Chile

Retazos

Marcelo Jaña Ramos

Alguna vez escuché que uno antes de despedirse debe a lo menos haber plantado un árbol, tener hijos y escribir un libro. Las dos primeras acciones ya están hechas y la tercera es este modesto libro de historias dedicado a Paula, que me acompaña desde la primavera de 1987.

Contigo he construido castillos y he peleado contra molinos de vientos, me has hecho más dulce la amargura y más linda la alegría; mi compañera, tú me has dado los tres más grandes regalos de mi vida.

Para Paula y mi prole Catalina Paz, Valentina Francisca, Agustín Fernando y ese poroto porfiado que adorna mis días: Joaquín Renato.

Marcelo Jaña Ramos
Santiago, noviembre de 2017.

Índice

Prólogo

Las distintas historias de Marcelo Jaña Ramos nos trasladan a nuestra infancia y adolescencia, sobre todo a quienes somos coetáneos y vivimos en las poblaciones marginales de Santiago de Chile durante las décadas de los 70 y 80.

Las historias son narradas con mucho realismo, entretención y además están correctamente contextualizadas, describiendo detalles importantes de lo que fueron nuestras vidas, lo que nos permite comprender por qué estamos aquí hoy.

Lo más importante es que este libro nos hace recuperar la memoria, no sólo descubrir la de otros, sino la nuestra, que tiene muchas similitudes, porque somos parte de un mismo pasado, de una misma historia.

Pese al dolor y la violencia de esos años, se descubre el amor, la solidaridad, la vida que aflora en nuestra cotidianidad popular, venciendo los estigmas que nos tildan de delincuentes y flojos. Este libro muestra la realidad que los medios de comunicación masiva ocultan y tergiversan.

Quiero dar las gracias por ayudarme a redescubrir a mis padres y a mis abuelos, por ayudarme a redescubrir la historia de quienes emigran a la ciudad, se instalan dónde pueden con sus familias y construyen la riqueza que los poderosos les quitan para su propio beneficio, pero sobre todo por ayudarme a redescubrir y construir una cultura popular, nuestra historia, que jamás podrán expropiarnos.

Mi madre, empleada doméstica, emigró desde el campo a esta ciudad cuando encontró el amor. Se instaló en la zona poniente de Santiago, otrora Barrancas, ahora Pudahuel, donde viví historias similares de pobreza e inocencia que añoro, que permiten valorar la vida y vivirla con optimismo.

Horacio Díaz Olivos

Introducción

A fines de los años 30, en el siglo pasado, Santiago empieza lentamente a llenarse de gente, personas que buscan una mejor oportunidad de vida. El cierre de salitreras en el norte y la llegada de corrientes migratorias desde el sur de Chile hacen crecer la ciudad generando nuevos grupos humanos, los cuales comienzan a ocupar los puestos de trabajo de una incipiente industria. Los servicios tuvieron que adaptarse a este nuevo escenario de aumento constante de la población, lo que provocó una mayor demanda de bienes.

Se estima que desde 1940 a 1950, la población de Santiago creció en unos 500.000 habitantes. Al principio, las fuertes corrientes de migrantes se instalaron en el centro de la capital, en el sector antiguo, pero la poca higiene y el hacinamiento les daban una pésima calidad de vida. Según el censo habitacional de 1952, sólo el 31% de los habitantes era dueño de su propiedad, mientras que un 66% no era dueño, mostrando un claro déficit de vivienda. La llegada de nuevas corrientes de campesinos y mineros provoca que lentamente las comunas rurales aledañas a la ciudad empiecen a ser pobladas. Así, en esos años se dispara el crecimiento demográfico de

las comunas de Ñuñoa, Quinta Normal, La Cisterna, Conchalí, La Granja y San Miguel, las cuales lentamente se incorporan al gran Santiago.

El nacimiento, a mediados de los años 50, de nuevas corrientes políticas, como la FRAP (Frente de Acción Popular) y la Democracia Cristiana (1957), son hechos fundamentales para el desarrollo de nuevas políticas de vivienda, sumándose la aparición de numerosas agrupaciones de base, muchas de ellas apoyadas por el Partido Comunista y/o por el sector más liberal de la Iglesia Católica.

Estas organizaciones presionaron para dar una solución digna de vivienda, aceleraron a través de tomas el poder tener un lugar donde vivir, así la periferia de la ciudad se empieza a definir y a desarrollar.

De 1953 a 1963, en la capital se produjeron 32 tomas de terrenos, generalmente en propiedades fiscales, con un total aproximado de 13.765 familias participantes. San Miguel, con 11 tomas y 8.349 grupos familiares, fue lejos la comuna más convulsionada por este tipo de acciones de fuerza. Junto a ésta, en La Cisterna 2.645 familias participan en tomas, haciendo que la zona sur de Santiago sea donde se concentre la mayor cantidad de conflictos de vivienda.

Para amortiguar esta problemática, en 1954 se crea un plan de construcción de casas, que proyectaba construir a lo menos 32.000 viviendas económicas, para erradicar

las poblaciones callampas y atender las necesidades de vivienda del creciente Santiago, pero esto es insuficiente debido a la gran demanda.

En esta realidad toma cuerpo la fundación, creación y construcción de la población Lo Valledor Norte. Gran parte de estos pequeños trozos de vida narrados a continuación se desarrollaron en este barrio, historias simples de un grupo de jóvenes que habitaron este sector de la ciudad.

10 Días

Tan sólo 10 días tuvieron de plazo nuestros padres para reunir la documentación, libreta de ahorro Corvi, tener el puntaje requerido y juntar sus enseres para llegar al lado sur del matadero, en lo que era el fundo Lo Valledor.

Un año antes, el 30 de octubre de 1957, de madrugada un grupo de 500 familias hace su ingreso a un predio de más menos 55 hectáreas. Durante ese amanecer en Santiago nacería lo que sería la toma más grande de América latina. Pobladores organizados de campamentos del Zanjón de La Aguada y La Legua se tomaron el fundo La Chacra. Con la ayuda de políticos, estudiantes universitarios y curas obreros llenaron esos terrenos, dando nacimiento a la población La Victoria. Desde esa madrugada de primavera, La Victoria ha sido sinónimo de Resistencia.

Debido a esa toma se aceleraron leyes y se entregaron recursos para que no se produjeran nuevas tomas masivas como la de La Victoria. Después de un lluvioso invierno, en Septiembre de 1958 las familias seleccionadas que venían de 16 agrupaciones distintas, sumadas a otros vecinos que llegaron en forma independiente, dieron vida a esta comunidad. Sin embargo, no fue un trabajo sencillo

clasificar, seleccionar, distribuir los sitios y organizar a estos diferentes grupos de personas.

Todos tuvieron un plazo de 10 días para concurrir al Fundo Lo Valledor y tomar posesión de los terrenos asignados por el gobierno.

Con 1.280 familias nace Lo Valledor Norte, en un plan de vivienda que también incluyó en 1958 a la Población San Gregorio y en 1959 la José María Caro, que sería la más grande de todas, donde a pocos años de su creación, en noviembre de 1962, se desarrollaría la matanza de la línea del tren un hecho que marcaría un nuevo orden en la vida de estos nuevos asentamientos.

Como *pobladores,* la nueva denominación que tendrían todos los que habiten estos sectores, nuestros padres tuvieron que conocer, en simultáneo, el lugar donde vivirían y a las personas que serían sus vecinos en esta nueva aventura de la casa propia.

Entre huellas de canales de regadío, zarzamoras, maleza, estaban los sitios del nuevo lugar para vivir, estos estaban separados los unos de los otros, por mallas metálicas, en el frontis un letrero de madera señalaba el número de estos, era el único sello distintivo, las calles y pasajes no tenían señalización era fácil confundirse. Por eso se requirió de un sacrificio enorme de estos nuevos pobladores, quienes, con pocos recursos y muchas ganas de tener algo propio, empezaron a levantar nuestro barrio.

"Margaritas comenzaron a salir
Y me anunciaron lo que está por venir
Como una linda primavera de color
Llegan los tiempos que el señor nos anunció
Serán los tiempos de la hermandad
Serán los tiempos de la tranquilidad
Serán los tiempos de la felicidad
Y florecerán como margaritas".

Al estar en la periferia de Santiago, la población no tenía ningún equipamiento. La línea férrea y el aeropuerto marcaban una frontera con el resto de la ciudad. No existía transporte, gran parte de los jefes de familia de la población trabajaban en industrias que estaban lejos de este nuevo lugar, como en textiles, Soprole, Mercado Central, Pizarreño, la construcción, etc. Por ende, el salir a trabajar o el volver a casa eran tareas complejas para nuestro padres y abuelos.

Los colegios más cercanos estaban en Gran Avenida. En tanto, el único recorrido de micros era la Matadero Palma 75 o la Dávila Negrete que había que abordar cruzando al paradero terminal de la población Villa Sur, creada en 1949, que quedaba atravesando la línea del tren, al lado oriente de Lo Valledor. Desde el alumbrado público de ésta se logró sacar un arranque de tendido eléctrico, el cual había que mantener vigilado día y noche.

Había que reponer en caso de que llegara Chilectra y sacara los cables del empalme clandestino. Este tendido se cruzó por debajo de la línea ferroviaria. Una luz en

la calle rural con la línea ferroviaria guiaba de noche a nuestros padres al hogar, como un faro en medio de la nada. Así era el sacrificado inicio del nuevo porvenir.

Para el agua se disponía de dos grifos, uno ubicado en la calle Centro América con calle Cooperación, el otro en la Avenida Central. La red de agua era un tendido que estaba en el Callejón Lo Ovalle, que venía desde Gran Avenida, la cual, al igual que el tendido eléctrico, requería vigilancia y mantención las 24 horas del día.

Entregados los terrenos vendría la etapa de construcción en los mismos lugares asignados, entre 1961 y 1964. Se dotan de casetas sanitarias los sitios del barrio y luego se construyen casas de un piso con dos dormitorios, un living comedor, un alero donde está el baño y una posible cocina. Estas casas, denominadas "viviendas mínimas ampliables básicas", eran de material sólido. Las primeras fueron construidas con bloques de hormigón y las siguientes de ladrillo fiscal. Además se urbanizaron las calles, dotándolas de alumbrado, veredas y nombres. A las flamantes nuevas viviendas, también llegaron el alcantarillado, la electricidad y la red de agua potable. Ya para 1966 la población contaba con 6.200 habitantes.

En 1960 se inaugura el primer colegio (Liceo B-2) de la población, una barraca de madera donde se daban clases a los niños del sector para los distintos niveles. Además, había, ya para esos años, dos sedes de juntas de vecinos, ambas eran galpones de madera de grandes

dimensiones que estuvieron de pie hasta finales de los 80. Ahí se desarrollaron reuniones, fiestas y encuentros con autoridades, políticos y artistas de la época.

En una de ellas se instalaría el teléfono comunitario, el cual quedó en una pieza diminuta de madera con una ventanilla, y si necesitabas algo estaba disponible la guía telefónica con sus páginas amarillas. Este teléfono negro de discado estuvo operativo hasta principio de los 80, siendo por largos años el único sistema de comunicación del barrio.

En esta sede pude ver mis primeras imágenes televisivas. Una mañana mi padre tomó mi mano y juntos con mi abuelo llegamos a la sede vecinal, que estaba llena de vecinos y niños, y en lo alto de una tarima, al fondo del salón, había un televisor grande encendido mostrando la llegada del hombre a la luna, en realidad la llegada de la cápsula a la tierra. Allí pude ver barcos de la armada de Estados Unidos, que rescataban del mar a los astronautas que estaban flotando en una cápsula, alguna balsas con buzos de negro alrededor de ésta y helicópteros, uno de ellos el Navy 66 con una jaula colgando, se llevó a los astronautas hasta un portaviones.

En 1970 se inaugura el mercado de la población con el objetivo de dar un lugar de trabajo a los vecinos comerciantes y a la vez brindar una alternativa de compra a los otros vecinos. A esta inauguración se invitó al boxeador Godfrey Stevens, ídolo de esos años.

En lo deportivo, el primer club de fútbol de la población fue el Club Cardenal Caro, en honor al Cardenal José María Caro, quien falleció el 4 de diciembre de 1958.

Luego vendrán otros, tales como el Juventud Platenses, Independiente, Lo Valledor, Unión Maipo, Watusi, Risopatrón, Loteros 99 (1975), etc. El fútbol y el basquetbol serán los deportes reyes del barrio. La liga de fútbol Risopatrón-Lo Valledor ocupa como cancha el estadio de Centro América, el cual será remodelado en el año 1982, dotándolo de camarines, cierre perimetral y galerías. La famosa cancha del caro.

En 1981, Lo Valledor Norte pasa de la comuna de Santiago a la comuna recién creada de Pedro Aguirre Cerda.

Ya de los primeros vecinos fundadores, madrugadores y esforzados, que hicieron de este pedazo de Santiago un lugar para vivir, quedan muy pocos. Ahora algunos de sus hijos y nietos siguen habitando aquí, dando vida al barrio. Además, corrientes migratorias se toman sus calles, por lo que el abanico, el arco iris de razas, culturas y creencias dan un nuevo aire a este avejentado barrio de obreros que se niega a morir.

Todavía me detengo y miro sus casas chatas de un piso, muchas de las cuales ya no tienen ni rastro de la casa original. Los patios ahora no se ven tan enormes y los parrones de nuestros abuelos no existen porque fueron reemplazados por cobertizos metálicos. Sin embargo, aún

quedan pequeñas huellas de ese septiembre lejano de 1958, cuando nuestros padres llegaron con más sueños que enseres, con su prole a cuesta a buscar un lugar digno para vivir y formar una familia.

La tarde cuando el sol caía

Con 8 años, tuve la dicha en el verano de 1972, de ser parte de los “Balnearios Populares”, en las cabañas de Peñuelas en la ciudad de La Serena, que era uno de los 17 campamentos de veraneo, que se construyeron durante el gobierno de la UP, era parte de las 40 medidas del gobierno de Allende, la medida N°28 “*Educación física y turismo popular*”.

1972 sería el año de las olimpiadas en la ciudad de Múnich, Alemania. Chile será representado por 11 deportistas de 5 especialidades (atletismo, boxeo, equitación, remo y tiro). En octubre de ese año, los camioneros paralizan el país y en ese mismo mes, en la cordillera de los Andes se caerá el avión del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya, donde viajaba el equipo de rugby llamado “los Viejos Cristianos”, de los 45 pasajeros, solo 16 jóvenes permanecerán con vida, serán rescatados en diciembre, después de 72 días de desaparecidos, siendo los únicos sobrevivientes de la tragedia de los Andes.

Ese verano, fuimos mi padre, mis hermanos, mis primos Campusano; El Tiko, Juan Carlos, Roberto, Susana, con mi tía Sonia, tío “Picho”, mi prima Gloria, hija de mi tía Nena, todos rumbo a las cabañas ubicadas en la ciudad de La Serena. En el campamento compartimos dos cabañas las cuales se unían interiormente por una puerta central, estas eran en bloques tipo vagón de tren, en forma de “A”, de techumbre de pizarreño, equipadas con camarote, cama matrimonial y camas de plaza-media, más un mueble tipo repisa lleno de compartimientos, todo en un ambiente.

Salimos de Santiago, desde la Plaza Ercilla en calle Blanco Encalada, cerca del Parque O'Higgins, en una micro de la locomoción colectiva, bien de madruga, para llegar al amanecer a La Serena, un viaje de casi toda una noche, al llegar habían muchos buses de la ETC (empresa de transporte colectivo del estado), estaban junto a los nuevos Mercedes Benz Monobloc O362 los flamantes Pegaso, buses españoles grandes cuadrados de asiento duros de un material imitando la madera, habían otros algo más viejos, distintos a los que circulaban en Santiago. De todos estos, bajaba gente, obreros con sus familias cargados de bolsos, mantas, canastos, maletas, un bullicio, un desorden, que costaba tratar de no separarse de nuestras familias, al frente del recinto que funcionaba como casino, un grupo de muchachos, ordenaban por apellido, indicando las cabañas asignadas, dentro de ese pequeño caos, generado por la emoción y la alegría de todas las personas que llegaban a este campamento veraniego. De un bus rojo, bajo una niña de 7 a 8 años, vestida de azul, con un sombrero blanco, cruzamos nuestras miradas, pienso que ambos nos sonrojamos y bajamos la cabeza, suponiendo que todo el mundo noto que nos miramos, nos gustamos desde que nos vimos, después supe que era de Vallenar, aparte de la gente de Vallenar, Santiago, también habían llegado desde Concepción y otros lugares de Chile, otro monto de personas.

Días llenos de actividades. Una de ellas era la competencia de tener el pabellón de cabañas más lindo, para eso debíamos hacer un jardín frente a estas, mi padre creo, construyo uno hermoso, lleno de flores silvestres, amarillas, celestinas, que cruzaba a lo largo el pabellón, diseño figuras hechas por conchas de machas, ramas secas recolectadas de la orilla de la playa, todos los del pabellón ayudamos atraer los materiales que pedía mi padre, mis primos, mis hermanos y ella la niña de Vallenar, fue donde conversamos por primera vez, luego en una tarde cuando jugábamos Ludo en la puerta de su cabaña,

le pude tomar su mano por un instante, nuevamente el sonrojo de ambos, nos delato, esta vez sí éramos observados, fue su madre quien sonrío, carraspeo un momento para luego entrar a la cabaña, mirar de reojo, mientras ordenaba las cosas que traía para preparar la cena y colocar estratégicamente un chanchito, hecho con un limón que era el cuerpo y palos de fósforos eran sus patas, encendió un cigarro y se lo puso en su trompa, era para hacer un sahumerio.

Fueron momentos de compartir, hacer alianzas, un día de trabajo, cocinando, limpiando para los demás, los otros días eran veranear disfrutando las bondades de estar frente al mar, al borde de la playa, en Peñuelas. Conocer Coquimbo, su puerto, jugar en los barcos oxidados que habían encallados en la arena, subir en ellos pensando que se estaba viajando a lugares lejanos, exóticos, extraños, recorrer La Serena, la compañía Alta, la Baja, admirar sus estatuas de mármol de carrara, réplicas de famosas esculturas, el primer museo al aire libre de Chile de avenida Francisco de Aguirre, corretear por las callejuelas de las ruinas de la ciudad vieja, trepar a los muros de su castillo hecho de ladrillos negros, de cortes toscos cubierto por la vegetación del tiempo, subiendo a todo galope la escala del majestuoso Faro, soñando estar en su torre, desde ahí divisar barcos fantasmas o islas encantadas con tesoro de bucaneros y desafiar a piratas con pata de palo y garfio amenazante. O simplemente por los totorales descubrir la elegante garza, de largas y delgadas patas, caminando buscando su alimento de charco en charco. Rodar por dunas inmensas de arena hasta caer al borde del mar en la playa de La Herradura, mi tío "Picho" cantando "*Mira ese barco entrando en la bahía*", mientras tomaba sol y nosotros los niños jugábamos a buscar figuras en las nubes blancas de ese cielo nortino.

Comiendo queso salado de cabra, mirando a los lugareños arriando sus rebaños, llevando hileras de burros cargados con

leña bajando por los esteros del rio Elqui.

Yo un chico, conociendo otros niños; de Concepción, Santiago, Vallenar, y varios lugares más. En las mañanas nubladas, a la niña del sombrero, la solía divisar mirando el horizonte, perdiendo su mirar en ese mar majestuoso, en las tardes antes de la hora de once más de alguna vez caminamos mirando ese sol maravilloso que desde el horizonte lejano nos decía adiós, ese sol redondo, amarillo, que a esas horas entibiaba muy poco nuestros cuerpos, debido a que se alejaba lentamente, dando paso a la luna y al mar de estrellas que viajan con ella, estas coronaban las noches de aquel verano. Me sorprendió cuando me conto que no conocía el mar, era por eso por lo que en las mañanas le gustaba ver ese mar verdoso casi gris, que al ir asomando el día se empezaba a tornar azul profundo, furioso en espumas blancas que a través de olas sacudían el borde costero de esa playa del norte chico.

En su mirada de niña se reflejaba el asombro, por ver tan bello paisaje, la alegría de estar ahí de frente a esa enorme masa de agua, fría, salada, alocada, la cual traicioneramente, ligeramente a veces nos mojaba los pies, haciendo que corriéramos juntos tomados de la mano, a buscar refugio en la arena seca y aun tibia de esa playa de Peñuelas casi vacía. Arriba las gaviotas volando sobre nuestras cabezas, en el horizonte rojizo de la tarde, bandadas de pelicanos que se alejaban, en correcta formación volando ligero casi tocando el mar, indicando que la tarde estaba en su punto final, que la bóveda celeste se llenaría de millones de estrellas algunas diminutas otras grandes como luceros, bajo ese manto de estrellas a lo lejos botes de pescadores, viajando mar a dentro a buscar su sustento, sus sueños, sus esperanzas.

Un día que ambos caminábamos, con el silencio que da el cansancio, después de haber ido al Club Hípico de Peñuelas, que era una estructura de madera y fierro, gigante, de bella

arquitectura construida en los años 30, que ahora lamentablemente ya no existe, con una pista enorme de arena negra, donde corrían los puras sangre, era el lugar en el que mis primos y hermano mayor en las tardes solían trotar hasta quedar agotados por el esfuerzo de correr en tan pesada pista, desde las barreras de madera nosotros mirábamos el desfile de bellos caballos junto a sus jinetes, ellos vestidos de llamativos colores, los cuales nos saludaban a nuestro paso, moviendo su fusta, otras veces pasaban a todo galope, que podías sentir el respirar agitado de las bestias, el ruido del roce de la carrera, los gritos de entusiasmo de la gente que estaba al alrededor.

De vuelta a las cabañas debíamos pasar donde, se había instalado una carpa con un grupo de muchachos, eran los llamados *“hippies”* que decía la gente, de pelo largo, collares de mostacilla, vestir raro, de escuchar música en una radio a pilas que la llevaban a todas partes, nos saludaban, risueños, alegres, más de alguna vez nos pidieron agua o nos invitaron a sus fogatas que encendían por las noches, desde nuestras cabañas se veían a la luz de los maderos ardiendo, se escuchaban sus risas, sus guitarras, sus cantos y voces de jóvenes disfrutando de ese cálido verano, en el cual aún se respiraba el aire de la primavera gala, del Mayo francés, en los días donde lo imposible era posible.

Cuando pasábamos cerca de su carpa, logramos escuchar por un momento una canción que decía *“Era la tarde, la tarde cuando el sol caía”* luego el sonido del cambio del dial y retener en la memoria esa simple frase del coro, que la tarareé mentalmente durante todos esos días que estuve en La Serena, el silencio, las miradas, el sudor de nuestras manos, los nervios, el corazón se acelera, un beso ligero de niño y el bajar la mirada.

Para ella era su primer veraneo familiar junto al mar, para mí era mi primer beso. Su padre campesino y ganadero cabrero nortino, curtido por el sol y el tiempo, miembro de una cooperativa agraria, de poco hablar el hombre, de una chispa para las bromas, de trato de caballero con el resto, de saludar dando la mano firme y sincera, por cómo me saludaba creo que tuve la venia para acercarme a su hija, más de alguna vez me di cuenta de que le decía cosas al oído a su señora, luego reían disimuladamente, mirándonos a cierta distancia.

Fueron días maravillosos, simples, sencillos, jugando en ese país que desapareció en un martes nublado de septiembre. Cada vez que escucho la canción *"La tarde que te amé"* del grupo argentino Industria Nacional, no puedo evitar, recordar esas tardes en Peñuelas y esa niña linda de Vallenar, que se alejó rumbo a su tierra, moviendo su mano, mirando a través de la ventana sucia, de una maltrecha micro roja, que se alejaba del campamento de verano por un camino polvoriento, indicándome que era la última vez que nos veríamos, el adiós en la tarde cuando el sol caía.

Los olvidados setentas

Después del golpe, los setentas serían años negros para nuestros hogares, ya que las organizaciones desaparecieron y llegaron las penurias, los días oscuros. Mi padre, que era textil, quedó cesante en el invierno de 1974, al igual que muchos otros padres de nuestra población y de Chile entero. Tras el golpe aparecieron las cosas, como por milagro se llenaron los estantes y las vitrinas, pero no había dinero para comprarlas.

Nunca voy a ver a un hombre más triste que a mi viejo cesante. Fue un golpe duro que nos preparó el destino para mi familia y para las familias de mis amigos. Las políticas económicas de *shock* de Friedman llegaban a mi país para destruir fábricas y arruinar a miles de trabajadores, entre esos miles estaba mi viejo, junto con los padres de mis amigos que pasaron por situaciones parecidas o peores.

El paso del escudo al peso, la nueva moneda del régimen, también provocó un colapso en los pequeños ahorrantes. Mi padre se tuvo que deshacer de sus libros, los cuales estaban curiosamente empastados por años, ordenados cronológicamente, ese trabajo meticuloso lo había realizado mi abuelo materno José Domingo, quien era extremadamente prolijo, ordenado, hábil de

mente y de manualidades, lo cual lo hacía estar sobre la media. Además era bueno para el dibujo y las letras. Físicamente era alto, flaco, de voz ronca, bueno para el vino, usaba boina, andaba con su cigarro sin filtro colgando de los labios y en sus años mozos cantaba a lo Gardel, ya que era un bohemio más de la noche santiaguina, tan decaída en esos años a causa del toque de queda y la censura a los medios.

Mi viejo se tuvo que fabricar una maleta de madera forrada en cholguán, con la cual recorría los colegios del sector vendiendo dulces y golosinas a la salida de clases para generar algo de dinero para nuestro hogar. También íbamos a las ferias del sector, llevando en un carretón sus libros y cuanto cachureo lográbamos sacar de nuestro cuarto lleno de recuerdos, de muebles y artefactos antiguos. Las ferias de aquellos años estaban llenas de gente vendiendo sus enseres y cachureos para poder subsistir. Fueron años duros, de mucha hambre, tristeza, con una mayor escasez que durante la Unidad Popular. Así fueron los negros y tristes años setentas, con mi padre vendedor de cachureos y golosinas y mi madre que, de dueña de casa de la noche a la mañana, pasó a ser obrera de una fábrica de confecciones. Ella tan valiente y audaz como siempre, en un fin de semana aprendió de corte y confección, lanzándose a trabajar como costurera en un taller industrial.

A mi hermana y a mí, nuestro padre nos entregó una caja de chicles “Dos en Uno”, y otra de masticables

"Candy", con ellas debíamos comprar nuestras cosas del colegio, por eso tuvimos que vender dulces en los recreos de nuestras respectivas escuelas, lo que para mí fue un juego, una aventura; no dimensionaba la cruda realidad.

En esos años Don Chano, papá del Lucho que vivía al frente de mi casa, trabajaba en el restaurante "Chez Henry", de donde traía pan, el cual vendía en la cuadra (barrio). Había que esperar que Lucho nos avisara para salir corriendo a buscar la plata y la bolsa, ya que era un rico pan tipo rosita. Aunque en esos días cualquier pan se hallaba sabroso, ese en especial tenía un sabor tan dulce y suave en los años amargos de la dictadura. En mi casa, mi madre, muy ahorrativa, lo partía en rodajas y éstas las colocaba en la panera. Yo era el menor y siempre me tocaba un trozo más. A veces íbamos adonde unos conocidos que tenían un restaurante en la calle Diez de Julio, "El Moroco", donde nos daban el pan duro que llevábamos a casa. En nuestro hogar lo mojábamos para luego calentarlo y así sentirlo más fresco.

En aquellos años, en el barrio se empezó a cocinar a parafina o a leña, que eran las ramas de la poda de los parrones tan típicos de nuestras casas. Ya no alcanzaba para comprar el gas. En las tardes salía un ligero olor a este combustible quemado que envolvía todo el lugar. Cada vez que vuelvo a sentir ese aroma recuerdo mis años de niñez.

En algunas parroquias del sector se agruparon familias para iniciar precarias ollas comunes, el comité

“comprando juntas” da sus tímidos pasos. Este sistema tan efectivo de adquirir víveres perdura hasta hoy día, demostrando ser un sistema de ahorro cooperativo eficiente.

Para muchos fue una alternativa de trabajo el ir a la vega Lo Valledor a fletar, cargar o simplemente a pedir. El saco blanco en la cabeza era la insignia de los que iban a trabajar allí. Fueron años de peleas callejeras, de quiebres matrimoniales, de buscar, de no perder la esperanza, en resumen fueron una mezcla de muchas cosas, desde nuestra inocencia de niños disfrutando con ir colgados en los buses rojos del Estado (52 y 59) que pasaban por Avenida Central, colgados desde nuestro paradero hasta la curva, para bajarse donde estaba la animita de Emita Escobar, niña que fue arrollada al caer desde una micro en los años sesenta, lugar de encuentro de choferes, feriantes y vecinos.

En otras ocasiones era caminar largos tramos para ir al Parque O’Higgins o a la Quinta Normal. El parque nos deslumbraba por su verdor tan lejano a nuestras calles de tierra, por lo grande que lo hallábamos, por sus lagunas con aguas verdes llenas de pirigüines, por el pueblito y sus locales de artesanía. A su vez, en la Quinta Normal tratábamos de entrar a sus museos, o simplemente contemplábamos sus árboles añosos, respirando ese silencio respetuoso.

Para la primavera, el verdor se adueñaba de los cerrillos transformando esos pastizales secos y amarillos en un gran parque natural, con el viento invitando a

elevar volantines por todos lados, llenándose de gente y color.

El Pepe León con el Pato y Andrés Valenzuela enterraban unos chuzos en el pasaje, en uno de ellos amarraban la punta de hilo y empezaban a tirar el hilo hasta el otro chuzo, así hasta terminar con el carrete, vendría la cura del hilo, con cola de carpintero la cual se hervía en baño maría, más vidrio molido, el cual se juntaba, se depositaba en un tarro, una vez lleno, se machacaba, se llevaba hasta la línea del tren, donde se ponía el tarro abollado sobre un riel, para esperar la pasada de este, el tren al pasar dejaba el tarro casi como una estampilla y el vidrio quedaba hecho un polvo blanco muy fino, ideal para pegarlo al hilo.

La cura del hilo consistía en pasar la cola hirviendo por el hilo y éste pasaba por un corcho sacando todo el resto de cola sobrante. Inmediatamente atrás del corcho se pegaba el polvo de vidrio en el hilo, para esperar el secado de éste, enrollarlo y guardarlo, para enviar cortado al rival de turno o a quien osara elevar su volantín en nuestro pedazo de cielo. Guillermo, de la casa de la esquina, aparecía con zancos gigantes. Había llegado septiembre, las fiestas patrias y la primavera.

Otro panorama era visitar la Fisa, donde entrábamos saltando las murallas del recinto y recolectábamos cuanto folleto nos regalaban de los estand que mostraban las últimas novedades. Soñábamos con tener esos nuevos automóviles que estaban invadiendo lentamente a Chile,

los autos japoneses, los Datsun, Mazda, Toyota y uno nuevo para esos años, Subaru, que eran extraños, algo feos, más pequeños de los que estábamos acostumbrados a ver, más plásticos, se notaban más frágiles. El estand Renault y su lema "Des voitures à vivre", con el Renaut turbo de fórmula uno en exhibición, la canción de su publicidad "Johnny and Mary" de Robert Palmer, con su estribillo pegajoso "Running around" se transformaría en un clásico de la década que venía.

Nuestro pequeño recreo era salir en grupo por los límites de la población, explorar nuevos lugares, vivir nuevas experiencias, todo eso hacía un paréntesis en esos días.

La televisión aún era en blanco y negro en los setentas, pero ya se anunciaba que en 1978, junto con el Mundial de Argentina, llegaría el color a la televisión chilena. Los televisores Antu y Bolocco eran los más populares, aunque eran escasos en el barrio. Se tenía que pagar 10 centavos y te sentabas en una banca a ver "Los Titanes del Ring", "Ultraman", "Los Bochincheros", "La Tía Patricia", "El Príncipe Dinosaurio", "Ultraseven" o el programa que le gustara a la dueña de casa, dueña de la tele.

En las noches con toque de queda cruzábamos a ver "Sombras Tenebrosas" en casa de los León Solís, una de las pocas familias que tenían televisión en ese entonces. A la hora de los comerciales, con el Leo salíamos al patio a esperar a la patrulla de militares que venían en una camioneta C10 roja con una metralleta y sacos con

arena en su techo y *pick up*. Algunos militares venían caminando y otros montados sobre el vehículo. Los mirábamos asomándonos por la pandereta de las casas que daban hacia la Avenida Central. En más de una ocasión el Leo sacaba a escondidas un huevo, el cual tirábamos al paso de esa patrulla y luego esperábamos frenadas, gritos y disparos al aire. Después entrábamos a casa temblando de frío y nos calentábamos al lado del brasero, con una sonrisa cómplice, un "aquí no ha pasado nada".

Algunos compañeros de mi curso tenían una bicicleta mini CIC, la más bacán de las bicicletas de esos años, cuánto soñé con tener una de esas, si era para toda la familia decía la publicidad... Fueron tiempos duros, la televisión nos mostraba un mundo tan distinto a nuestra realidad.

Recuerdo la cara de tristeza de mi padre al llegar una navidad. No había ningún regalo en el frágil y deteriorado árbol de pascua que mi madre años antes había construido, el cual era de papel crepé verde oliva y su armazón de un palo de escoba con unos brazos de alambre de colgar ropa. Nunca olvidaré su carita, tan de pena, tan de rabia. Tocando mi cabeza con su mano grande y tosca de obrero me abrazó muy fuerte y luego me mandó a acostar. Esa noche deseé con todo mi corazón que mi realidad de esa navidad fuera un mal sueño. Deseaba tener un simple regalo entre mis manos, sentirlo mío, pero sobre todo deseaba que la cara de mi

padre de esa noche y de esos años se fuera lejos, que no existiera esa pena, esa sensación de rabia, de injusticia, de no dominar tu tiempo, de depender de un salario, de un trabajo que fue quitado. Mascar penurias debió ser una sensación muy fuerte para mi viejo.

Mi Superman estaba débil, sin fuerzas, atormentado por ese pesado y oscuro presente que estaba en nuestras vidas como sombras negras gigantes que nos amenazaban, que nos hundían en un tiempo incierto sin brillo, sin esperanzas.

Así fueron los setentas para mi barrio, los cuales pasaron para no ser recordados por la historia, donde una gran masa de obreros quedó cesante en el país que había derrotado el marxismo, que se ponía de pie al progreso y a la libertad, pero en realidad nuestro pueblo estaba de rodillas, con su libertad coartada por cada atisbo de disidencia; cualquier muestra de rebeldía hacia la autoridad era silenciada y castigada duramente.

La palabra obrero fue eliminada, prohibida. Esa palabra limpia y noble de la clase sencilla que todo lo construye, de mi clase, de mis padres, hermanos, abuelos y amigos, ahora era una palabra maldita para los gobernantes. En los setentas, nuestra esencia de barrio pobre fue censurada, escondida, borrada, ya no había compañeros, menos obreros, sólo había cesantes cabizbajos, trabajadores jugando a ser feliz en una sociedad muda y temerosa.

Hasta el día de hoy no se pronuncian en los discursos políticos las palabras obrero o trabajador, ahora son colaboradores; la palabra clase ahora se cambia por personas; y la palabra pueblo ahora se dice gente. Estas nobles palabras, que tomaron su verdadero peso con base en luchas y conquistas sociales a través de los años, quedaron censuradas por los medios de comunicación de la elite reinante, de la casta dominante.

Los quiebres de las grandes y pequeñas empresas, las privatizaciones, vender a precios irrisorios gran parte de la industria estatal y derrumbar la producción nacional fue una tónica de esos años. Los "chicagos boys", llegaron para adueñarse, robarse un país entero, transformando la educación, la salud y la vejez en un lucrativo negocio.

Con el discurso de la iniciativa privada, la libre empresa, generaron un modelo con un mal llamado capitalismo popular, donde una parte de los trabajadores con sus indemnizaciones compraban acciones de las mismas industrias donde servían, siendo esas acciones una pequeñísima porción del botín que se repartían las pirañas, esas que crean crisis para luego lucrar de ellas, pero esas pirañas nunca se irán presas por especular, provocar sufrimientos, hambrunas, desconciertos en muchas personas, muchos pueblos, muchos países, esas malditas pirañas están ahí al acecho y disfrutando de lo robado, gritando en grandes salones que fue un excelente negocio, que viva la libertad y la democracia

que ellos respiran. Es muy cierto el dicho que dice: “El cielo es para los pobres, que la tierra es de los ricos”.

Los setentas se marchan al igual que Kung-fu, quien caminaba descalzo alejándose por el desierto, dando paso a una mujer biónica y a tres bellas detectives que tenían como jefe a un incógnito Charlie. Los programas como “Koyak”, “Las Calles de Francisco”, “Cannon” y “Columbo” daban paso a unos rudos y desalmados “Starsky y Hutch”, el “Aquí Área 12”, se perdía por el ruido de unas motocicletas de la policía de Los Ángeles. Habían llegado los ochentas, los jóvenes de los setentas daban su espacio a nuestra generación, la voz de los ochentas, tal vez la última generación de jóvenes que dará el asiento a un adulto mayor; no nos sentíamos dueños del mundo, si no que éramos parte de él.

El espacio en la calle que ocupaban nuestros hermanos, en los ochentas será ocupado por nosotros, la música de ellos y las grandes bandas de los 60, como por ejemplo; Janis, Led Zepellin, Deep Purple, Creedence, Kiss, Cat Steven, ELO, más con los sonidos subterráneos del rock nacional, de grupos como; “Miel”, “Arrecife”, “Los Trapos”, el eterno “Tumulto”, “Millantún”, “Frutos del País”, herederos de la sicodelia de los 70 de “Agua Turbia”, “Pintura Fresca”, “Congreso”, “Los Jaivas”, “Congregación”, tantos grupos roqueros que mantuvieron vivo el sonido joven en esos años, serían lentamente reemplazado por los nuevos sonidos que traen la nueva década.

Esos sonidos se empiezan a apagar, dando paso a un nuevo sonido anglo más repetitivo y largo que es para bailar, aunque ya no tan libre como los bailes de los setentas, pues ahora hay que hacer algunos pasos para poderlo llevar. Llega el disco y sus luces de neón, y paralelo a esto, al igual que en los setentas, una nueva corriente musical se activa, es el Canto Nuevo, vuelve Gatti, descubrimos a Silvio, Mercedes, Peralta, Enigma, Grondona, Agua, Abril, Aquelarre, Andrade, Sol de Media Noche, Manns, Santiago del Nuevo Extremo, Ortiga, Schwenke y Nilo, Gieco con su potente "Sólo le pido Adios" y tantos más.

Ahora nuestros hermanos mayores están pololeando más largo, es más en serio, muchas de esas pololas pasarán a ser nuestras cuñadas; de irse a principio de los ochentas a buscar su rumbo, su espacio junto a sus parejas, volverán casi de inmediato a ocupar los patios de nuestras casas, ubicándose al comienzo ligeramente, ya que es una estadía momentánea, para luego quedarse a anclar su familia ahí donde estuvo el cuarto de los cachureos, la pieza de los abuelos o simplemente el patio de nuestros juegos, donde hicimos un mundo de aventuras jugando disfrazados de astronautas con una simple pelota de plástico partida por la mitad, cubierta del papel plateado que venía en las cajetillas de cigarros de esos años.

Esas cajetillas de cigarros de diferentes marcas; Viceroy, Hilton, Liberty, Nevada, Lucky Striker. Las extranjeras como Malboro, Camel. Las cuales íbamos a

buscar a la calle, en las esquinas, en paraderos de micros, estas se doblaban quedaban como una tira, para jugar con mis amigos con ellas en alguna pared, era sencillo dejarlas caer desde una altura determinada y quien lograba hacer tocar su cajetilla sobre las otras ganaba se llevaba tomas las ya tiradas, tardes enteras de infancia sincera. Las cajetillas de marcas extranjeras, había que ir a buscarlas al aeropuerto de los Cerrillos. Se entraba a escondidas a través de las rejas, agazapados en el pasto, hasta que pasara la cuca, la cual era un *jeep* rojo de la aviación con una baliza azul. Luego llegabámos hasta el basural del aeropuerto para buscar entre los desperdicios las preciadas cajetillas.

Al igual que las cajetillas, los monitos de los álbumes eran un pasatiempo de los setentas. Recuerdo algunos como "La Historia de Chile", un álbum de tapas de color azul con muchísimas páginas a llenar de buen material de estudio; después lo siguieron el del Mundial del 74, donde se dibujaron todo los rostros de los jugadores participantes del evento; también salieron en esos años los álbumes "El mar, fuente de vida", el que juntó Leo, mi vecino y amigo, el albúm "Alas de Chile"; en tanto, los más populares eran los de Mundicrom como "Flora y Fauna" o el "Historia del Hombre", grandes álbumes que acompañaron nuestra niñez, juegos y estudios. Hacíamos las tareas escolares hojeando el suplemento "Icarito" del diario *La Tercera,* y más grandes nos apoyaríamos en los suplementos "Rumbo" de *La Tercera* y "Apuntes" del diario *El Mercurio*.

Mientras el barrio envejecía nosotros crecíamos, cambiando la voz, dejando ese mundo de aventuras y juegos para empezar a conocer un nuevo mundo, donde serían el centro de este mundo las mujeres, el encontrar el espacio para proyectar nuestras vidas, nuestro futuro. Las niñas en nuestra cuadra eran escasas, así que había que ir a buscar amigas y pololas en otros barrios del sector.

Nuestro vestir, y hablar se transforma, teníamos que estar a la moda, ¿cuál moda? La moda que nos daba el Persa Balmaceda, el cual quedaba en Mapocho, entre unos montones de tierra que lo hacía que estuviera en una especie de cajón. Era inmenso y la ropa era lo que más se vendía, junto a radios con tocacasete de varias marcas raras, tales como Electra, Mecca, Crown, Sanyo, etc., marcas poco conocidas para nosotros. Era un mundo lleno de ruido y gente, era la salida que se hacía para el 18 de septiembre y las fiestas de fin de año, donde casi siempre estrenaban pinta nueva los que podían hacerlo, mientras el resto tenía que parchar y remendar.

Así llega la nueva década con vientos de cambio, una anestesia colectiva que nos tendrá dormidos la primera parte de los ochentas, maquillados de un momentáneo bienestar económico que lentamente empieza a llegar a nuestras vidas, pero junto con esa plástica alegría llegará la duda, el gritar *¡Esto está mal, lo vamos a cambiar*! Comienza el despertar.

El Barco de Vapor en el Banco Carpintero

Mientras escucho a *Serrat* contando anécdotas de su niñez, no puedo evitar recordar los juegos de niños en mi patio, cuando mi padre con mucho esfuerzo se construyó un banco de trabajo, con su tornillo carpintero, en el centro del mesón un agujero, por donde apoyar madera o doblar fierros, yo como un niño, nunca lo vi como un banco de trabajo, con tablas en desuso de emplantillados para armar de cadenas de hormigón con las que construyo la pieza para sus hijos hombres, con mi amigo *Fernando,* construíamos un hermoso barco de vapor, lo único malo que tenía, era que el tornillo carpintero que era el timón, estaba a un costado del barco y no en la popa, lo cual hacía que teníamos que mirar de costado la proa de nuestro flamante barco, la parte de abajo del banco era el camarote, los emplantillados eran los pasillo, un viejo caño en desuso de tiraje de una campana de cocina, era el tubo de la chimenea de nuestra nave. Pasábamos días enteros arriba de nuestro barco anclado en el fondo del patio, navegamos por los canales australes como *Francisco Coloane*, enfrentar el cabo de Hornos, los mares del sur del mundo. Luchábamos tardes enteras con olas gigantes de mares helados, con témpanos blancos como castillos de malvados tiranos, enfrentábamos a ejércitos de villanos, pasamos miles de tormentas sintiendo a la furia de *Poseidón*, dormíamos asaltos para evitar que las bestias marinas tomaran nuestro barco, en

noches estrelladas en silencio podíamos contemplar el paso del *Caleuche* con sus luces y bailes elegantes de cubierta, donde fantasmas de todos los tiempos danzaban su danza siniestra. Luego la calma de llegar a mares tranquilos de la lejana polinesia, en islas remotas de palmeras, playas de arenas blancas, llegábamos a buscar descanso y agua, llevábamos libros de cuentos para leer a los nativos isleños que en su idioma mágico nos contaban de sus dioses y leyendas, Jugamos rescatando gente del fuego de volcanes en los mares de Asia, navegamos por los siete mares, buscando a piratas, bucaneros, pelear una lucha de espadas para poder alzar nuestra bandera, bandera de niño, hilachenta por el viento, tardes enteras en el patio, entre herramientas carpinteras, mirando el horizonte en ese pequeño barco de madera.

En los inviernos cuando mi madre no ocupaba su máquina de coser, jugaba a ser un maquinista de trenes, donde la aparte del pedal era donde me metía y tomaba la rueda de hacer girar la polea, esta era el manubrio, viajaba entre valles y quebradas cruzando puentes cubiertos con niebla, mirando el vacío desde el abismo de un verde maravilloso valle, donde ríos serpenteando se veían pequeños, lagos azules a lo lejos, todo desde las alturas del viaducto *Malloco,* atravesando túneles, el vaivén del tren, su sonido de golpetear los durmientes, ese sonido rítmico que indican que estas viajando a lugares distantes, en esa máquina de coser de marca "*For ever*" de color negro, yo abajo balanceándome en su pisadera, más de alguna vez

quede con algún dedo atrapado entre la rueda y la polea que echaba andar el mecanismo de coser, la infinidad de telas, que mi madre en tardes de sudor y esfuerzo las transformaba en; ropa, fundas de colchones, sabanas, delantales, overoles de colegio, bolsas para comprar el pan o llevar los útiles del colegio. En esas tardes de lluvia y de días fríos, yo escondido en mi locomotora, le daba vida, calor a la casa, esperando la hora de once. En el tren imaginario, en la estación del tiempo, esperando el silbato, para empezar lentamente a moverse hacia un destino lejano, misterioso, donde días de sol abrían el mundo de los sueños de niño, si el banco carpintero de mi padre fue mi barco donde navegue por los océanos de juegos de niño, la máquina de coser de mi madre era el tren mágico, donde la aventura estaba al acecho esperándome en cada estación donde la modesta locomotora paraba. La imaginación de un niño no tiene límites, soñar jugando, mirar a mis viejos, aprender sus nobles oficios, admirar su sacrificio, donde sus manos lo construyen todo, manos de obreros, manos nobles, manos sencillas, manos de barrio, manos pobres, que protegen, manos de hacer el pan y cortar leña, manos madrugadoras, manos de los andamios, manos que acarician, sanan las heridas, calman la fiebre y las penas. El banco carpintero y esa máquina de coser, nobles herramientas, donde se mezclaban el sudor del esfuerzo, el noble trabajo y la fantasía de los juegos de niño.

Los Cumpleaños

La *Gladys* madre de dos niños *Mauricio y Jimmy*, habitualmente cada año se esmeraba en realizarles a sus hijos su fiesta de cumpleaños, estas eran casi siempre los sábados en la tarde, empezaba todo con la invitación entregada una semana antes; en esta se indicaba, fecha y hora, todos sabíamos que sería en la Casa de *Los Quiroz Zúñiga*, eran estos pequeños detalles de nuestro barrio. *Gladys* la única hija, dentro de la patota de hermanos que eran los *Quiroz,* se esforzaba para darles a sus hijos una fiesta cumpleaños y de esta forma regalonearlos demostrarles su amor, las fiestas eran con serpentinas, globos, el típico letrero con el *"Feliz Cumpleaños",* la mesa con su mantel plástico, en ella platos de cartón, donde habían una infinidad de dulces, queque, sorpresas, cornetas de cartón, estas hecha de un cono de papel de cartola de programación forrado con papel de volantín de distintos colores, dentro de este un pequeño trozo de caña cortado en diagonal en un extremo y en esa punta insertada en el centro, una especie de lengüeta de radiografía, que al soplarla, esta generaba el sonido tan tipo de nuestros cumpleaños, los gorros eran de cartulina de colores vivos, con figuras de animales, al cumpleañero le correspondía una corona brillante o un gorro de militar Prusiano, ese día, era un desfile de cabros semi limpios, que ya a la media hora estaban comiendo y gritando, haciendo un bullicio digno de análisis, no recuerdo si alguien llevara algún

regalo, los cabros de la cuadra se apostaban alrededor de la mesa esperando la orden de sentarse, así ubicarse en frente del gorro que más le gustaba, empujones, patadas bajo la mesa para estar en los mejores lugares, era lo típico, las bebidas servidas en vasos de plásticos pequeños, el gritar, el jugar hacían que todos los invitados rápidamente tomaran cuanto vaso servido hubiera, para de esta forma palear un poco la sed. A la orden de *Gladys* todos a sentarse alrededor de la mesa, algunos apretados otros ubicados cerca del festejado, empiezan las mamás invitadas y anfitrionas a servir el infaltable chocolate caliente, fuera cual fuera la fecha, era un imperdible de esos cumpleaños el chocolate caliente, todo bien hasta que algún distraído derramaba el chocolate sobre el mantel empapando cuanto plato había cerca, dejando galletas, queque, dulces, mojados, rápidamente alguien corría con un paño para secar, de esta forma evitar que la bebida tibia cayera al suelo, en otras era algo más trágico se daba vuelta el chocolate en la ropa de alguien, casi siempre era el que se había arreglado para ir a la fiesta, luego de transpirar tomándose la bebida caliente, venia la torta y el *"Feliz cumpleaños te deseamos a ti",* el apagar de las velitas por parte del festejado, que los más pequeños, al no entender, se demoraban en apagarlas o se ponían a llorar, después no faltaba el chistosito que tiraba las chayas y estas caían en la mesa dejando todo sucio, era en ese momento que *Don Carlos* aprovechaba de mandarlos a todos a jugar a la calle, de esa forma descansar de la bulla y el desorden de estos cabros revoltosos, vueltos locos tocando las cornetas a todo dar, dejando el piso sucio con chayas y serpentinas tiradas al aire, no faltaba al que le tocaba el gorro donde el elástico,

se salía y andaba hueviando todo el cumpleaño que le arreglen el gorro, a otros que simplemente la corneta de papel no les sonaba y empezaba a mirar a los más chicos para sacarle con disimulo la corneta o la sorpresa. Al cabro que se le dio vuelta el chocolate en la ropa ya venía con su ropa cambiada y quedaba sin nada, ya que alguien tomo sus cosas que tenía en su plato de cartón asignado, otros no perdían la oportunidad de pedir un pedazo de torta para llevársela a casa. Ya a esa altura de nuevo la sed nos invadía, tenías que tomar el vital líquido en un vaso con chayas, dejándote escupiendo un rato el papel tragado. Cuento aparte eran los globos colgados, eran casi siempre para los más chicos, pero éramos los grandes que jugábamos con ellos hasta que se reventaba, quedaba el llanterío por el globo perdido. A esa altura ya la *Gladys* estaba rendida de tanto correr, *Don Carlos* ya cabreado, nos mandaba cascando de nuevo para la calle a meter bulla a otro lado. Era simples cumpleaños, nosotros los de pasaje, no los iban a dejar, éramos los que llegábamos primeros y los últimos en irnos, nos quedábamos devorando cuanta galleta suelta hubiera por ahí, desarmando las corneta dejando solo el pedazo de caña, para hacerla sonar con un nuevo sonido más irritante que agradable, pobres nuestros viejos y vecinos tener que soportar a una banda de cabros, activados por los dulces y bebidas de fantasía que nos daban la energía para tener cuerda para rato, nuestros fiestas de cumpleaños eran pocas, sencillas, llenas de ganas, esperadas, no existían en nuestras fiestas; las piñatas, los gritos *"El mordisco"* o *"Que lo habrá",* de más grandes incorporamos el famoso Manteo, a veces con algunas pataditas tiernas al festejado.

Esos cumpleaños eran de cantar disfrutar a la rápida un chocolate caliente para salir a jugar hasta que la sed y el hambre nos llevaran de nuevo a revolotear por la mesa llena de canapés de pan de molde con pasta de pollo o pate, en el centro una lonja de aceituna negra o un trocito de zanahoria cocida, otros panes llenos de un molido de huevo duro, los vaso plástico llenos de bebida "Bliz o Pap", esa mesa cubierta con ese sencillo mantel de plástico, lleno de payasos y figuras de diversos colores, en un rincón aun restos de la torta con su vaso al centro, en la pared colgando la frase *"Feliz Cumpleaños*", ya colgando solo de un extremo. Era simplemente eso un muy feliz cumpleaños, donde todos los cabros de la cuadra convergíamos a saludar y celebrar en la casa anfitriona. En esos días donde nuestros juegos y gritos se apagaban junto con la luz del día, el mejor regalo era compartir y ver la cara de felicidad de cada uno de los niños sentados alrededor de esa humilde mesa, iluminada por pequeñas velas que indicaban que alguien de grupo, entraba a una nueva era, un año más se anclaba a la historia de esa pelusa de barrio obrero.

Mañungo

De lejos cuando venía curado gritaba algo que apenas se entendía, con su talla a flor de piel, cuando estaba bueno y sano, era callado apenas movía la cabeza para saludar, bien afeitado con un riso cayendo sobre su frente, zapatos lustrados, su bolso colgando del hombro caminando rápido a tomar la micro, trabajaba de albañil, en la construcción. Era *Mañungo Tapia*, simpático personaje de nuestro barrio, a veces de curado nos tiraba monedas al aire, nosotros cual paloma de plaza al lado de un jubilado, salíamos a recoger las monedas arrogadas, siempre tenía algo que te descolocaba, alguna talla o broma, cuando estábamos jugando a la pelota en medio de una acalorada pichanga, se metía a la cancha, él por un rato nos quitaba la pelota a veces metía un gol en algún arco, dejando la discusión si valió o no el gol del *Mañungo,* en otras ocasiones te tomaba el volantín que estabas elevando, hacia como que se le escapaba de las manos para luego reír y en su idioma hacerte entender que era un broma sana, tenía una mirada limpia, simpático, más de alguna vez a media tarde aparecía machucado con su ropa rota, caminando a su casa, gritando a los cuatro vientos algo que apenas se entendía, lo habrían ha saltado o era producto de una pelea. Apaleado como quiltro flaco de callejón, se lamentaba, limpiaba sus heridas, antes de entrar a su casa, algunas de sus hermanas o madre lo retaban, lo mandaban a costarse, el en su idioma se entraba sin antes ponerse a bailar, sacar carcajadas tanto de su madre, como sus hermanas, sobrinos, en realidad de todos los que veíamos ese espectáculo.

Dos de sus hermanas trabajaban en una fábrica de confecciones de camisas, *Laura* que tenía una nutrida prole, era planchadora, nunca voy a ver una camisa mejor planchada que las lucían sus hijos, eran de una perfección en sus líneas pulcramente marcas, cuando la vi planchar era un espectáculo, entre la velocidad y la calidad de su trabajo, en resumen eficiencia al máximo, tomaba la camisa de los puños la sacudía luego la ponía en el planchador y como por arte de magia la dejaba planchada, maravillosamente planchada, luego la doblaba y la dejaba lista para ser embalada como una camisa nueva, años de esfuerzo y trabajo se notaban en la seguridad de sus trazos de plancha sobre la tela, de pie más de 10 horas durante 5 días a la semana, y años apilados de trabajo de hormiga, hacían estragos en sus piernas y en sus manos. Ella como una muestra de amor hacia que mis amigos en menos de 10 minutos tuvieran sus ropas relucientes y planchadas, listas para salir a la calle a jugar con el resto de la manada.

Mañungo, era el paréntesis del barrio quien sembraba la incertidumbre con su accionar, nunca recuerdo haberlo visto aprovechándose de alguna situación, es más muchas veces él era el engañado, con su simpatía, en su idioma explicaba los sucesos, que más que dar pena, producían sonrisas, con una gracia digna de *Cantinflas* o *Chaplin*, movía sus manos en señal despedida y se marcha casi trotando en busca de una nueva anécdota de vida.

Los ochentas

Fuimos los marginales de los ochentas, jóvenes del lado sur de Santiago, de la periferia, que vivimos o iniciamos nuestra juventud junto con la década, fuimos sin saber hijos de una dictadura, fuimos guiados, vigilados y censurados sin siquiera saber que estábamos en una sociedad controlada, cautelada, aprisionada. Iniciamos los ochentas con nuestra alegría, pasando tardes enteras jugando al gol pa' fuera en la multicancha de la calle Tikal, sin poleras, junto a otros jóvenes de las poblaciones vecinas, de la Risopatrón, de la Caro. No había pandillas, no tenía sentido tener o pertenecer a alguna. La pelota nos juntaba en esas tardes, cuando jugábamos con arcos de apenas tres pasos. No necesitábamos árbitro, tampoco se cuestionaban los goles, simplemente si convertías uno el otro equipo salía, dando paso para que entrara el equipo que estaba esperando su turno. Era simple: sólo jugar.

Nuestro gran patio o parque fueron los Cerrillos, una enorme extensión de tierra paralela al aeropuerto, donde hoy existe una autopista. En ella el fútbol y los volantines nos acompañaron, fumamos nuestros primeros cigarros y tomamos nuestros primeros tragos.

Nuestro pasar por esos años fue sin grandes complejos, ni grandes aventuras. Los sábados íbamos en la mañana a la feria de la calle Cooperación y en las tardes a ver al club Loteros 99 en la cancha del Caro o nos encerrábamos con los papás a ver Sábados Gigantes.

Al anochecer, salíamos a alguna fiesta, o "brillo" como le decíamos en aquellos tiempos, o simplemente a caminar y caminar por Avenida Central hasta Los Palos, un local que vendía helados y tenía juegos electrónicos. Lo único distinto era que disponía de unos parlantes hacia la calle, donde escuchabas música apoyado en una reja de madera que protegía un jardín de una casa vecina al local, por eso el nombre del lugar. Lo otro era ir hasta la calle La Habana a caminar, mirar y seguir caminando en una verdadera procesión de jóvenes que iban y venían viendo pasar sus vidas, siempre alegres, dueños de todo sin tener nada.

Nunca fuimos a una disco, nunca tuvimos dinero para ello, pero no nos complicaba el no tenerlo, o tal vez sí. Nuestras ropas eran normales, no caras, algo a la moda. Quien más tenía pudo haber usado un jeans Wrangler, un chaleco Pingui, unos mocasines Pluma o zapatillas Power, que reemplazaron a las North Star, así como luego la Diadora desplazó a la Power blanca y éstas a su vez sería cambiada por la Adidas o Puma años más tarde.

Para esos años nos bastaba con tener un equipo tres en uno, el National Panasonic con 25 Watts por canal, ni

soñábamos con tener un Pioneer, Sansui o ir a la Circus a buscar música, eso era de otro planeta.

> *"Sábado en la noche, la gente estúpida sobra*
> *Sábado en la noche, quien pesca a una chiquilla*
> *Sábado en la noche, nadando en alcohol y tabaco*
> *Sábado en la noche, alegría de vivir ellos dicen".*

Fuimos jóvenes del Pisco Sotaqui y su eslogan "Invítame a tu fiesta", la Coca-Cola era de litro en envase de vidrio, "daba más chispa a tu vivir", estaban los relojes Cornavin, lo digital significaba Casio, los Citizen, que eran relojes de pantallas negras, eran bacanes. Todo cambiaba rápido, los autos se achicaban, el deportivo Cervo de Suzuki fue el sueño de muchos, los equipos tres en uno se alejaban dejando lugar a los minicomponentes, la IRT sacudió el mercado con el famoso personal estéreo que desplazó a las radios que nuestra generación llevaba a todas partes, escuchábamos el especial de las 3 de la tarde o de la hora cero en radio Concierto, estaba la radio Mundo Estéreo y su "Mundo Estéreo Discotheque", la Carolina con sus bailables, radio Génesis y el rock, radio Galaxia con "El usted lo pidió" o "Lo hecho en Chile" que tímidamente empezó a mostrar el canto nuevo, el rock criollo, y los domingos algo trasnochados escuchábamos La Infinita o radio La Ciudad, cuya música lenta servía para componer la caña.

Al comienzo de la década yo tuve en mi poder un radiocasete con sólo radios AM, por lo cual la que escuchaba siempre era la Radio Novísima con sus "30

minutos para Usted", donde se enviaban cartas y se programaba por 30 minutos la música que a uno le gustaba.

Los veraneos eran en los grifos del barrio o un viaje a Cartagena la eterna, la de Huidobro y su tumba, la de las noches más movidas del verano en su paseo en la terraza, era increíble, había *flipper,* taca-tacas, música disco por todas partes, olor a frituras, gritos de niños y del locutor de la lota, la Sonora Palacios en restaurante: "La Pachanga" y sobre todo lolas bronceadas alegres disfrutando de la loca vida de verano, con la simpleza de ser solamente jóvenes.

Para ir hasta Cartagena la generosa, se tomaban en la Estación Central, o cerca de ésta, micros piratas a $100 pesos, que te aseguraban un asiento para ir rumbo a la playa, casi siempre por el día o un fin de semana. Las mochilas eran hechas de 2 patas de *jeans* que se cortaban para el verano y unos fierros viejos, siendo ideales los coches de guagua en desuso. Con estos elementos estábamos listos. Manos a la obra se armaba la mochila a puro sudor y entusiasmo. Para la noche bastaban como saco de dormir un par de frazadas. Lo demás eran las ganas de veranear, disfrutar del sol y el mar por unos días.

El veraneo más espectacular que vivimos fue el del 78, cuando Don Pepe consiguió que por una semana estuviéramos gran parte del grupo en el Hotel Conte Verde de calle Vicente Huidobro en Cartagena, a cuerpo

de rey. Fue una semana donde descubrí la tumba del poeta. Y las noches las pasábamos en la terraza que daba a la playa chica.

Éramos jóvenes encantados de ser jóvenes, sin grandes complejos, ni grandes dilemas, sin muchas herramientas para enfrentar la vida, limitados en muchas situaciones, pero éramos felices, imitadores de nuestras modas, de *jeans* prelavados, oxidados, nevados, buscadores de poleras usadas en la feria de la ganga del barrio Franklin. Jóvenes que de aburridos mirábamos televisión, donde fuimos testigos de los mejores festivales de Viña, con Bosé, KC, The Police, Daniel Santa Cruz, Foxy, Ray Coniff, Humberto Tozzi, Franco Simone, el inicio de Flor Motuda y su genial extravagancia, Roberto Carlos, Camilo Sesto, el Puma, Julio Iglesias y tantos más. Frecuencia Mod y su "Duele, duele", cantamos con Fernando Ubiergo el "Tiempo en las Bastillas", con Braulio "A tu regreso a casa", "Julie" de Euson de Antillas holandesas en 1976, la "Canción de Amor" de Nava Baruchin ganadora del año 1977, una israelita preciosa que vino dos veces a fines de los setentas. En esos años cada uno estaba abanderado con alguna canción de la competencia.

Algunos días en las tardes veíamos a Chips, la patrulla motorizada, o La Pequeña Casa en la Pradera, quién no estuvo enamorado de Laura Ingalls. Alucinamos con los programas de disco como Hot City, Fama y Solid Gold, a veces seguíamos la historia de Dallas y el malo de JR, viajamos mirando "La tierra en que vivimos", nos sorprendió un "Informe Especial", y los domingos después

de almuerzo nos sentábamos a ver "Magnetoscopio musical" con los últimos videos musicales.

Como miles de chilenos nos colgamos en esos años de la "caja idiota", como era considerada la televisión por algún grupo de intelectuales. En esa televisión concursamos mentalmente con el "Un, dos, tres, Nescafé", sin equivocarse o repetir nombre... Así decía César Antonio Santis, el mino de la TV de esos tiempos, en su Martes 13 con su concurso millonario, la competencia para sacar la canción de invierno, donde se premiaba con el Cafeto de Oro a los primeros lugares. Anterior a ese programa, el mismo animador hizo "Esta Noche... Fiesta" y luego "Aplausos", donde lo más granado del *Jet set* criollo se peleaba los asientos para estar en pantalla por algunos segundos, disfrutando del número artístico presentado. La plata dulce podía traer cada semana desde el cantante famoso del momento hasta estrellas consagradas del cine, así como si nada.

Por otro lado, estaba Raúl Matas con su "Vamos a ver", junto a las simpáticas telechácharas de Jorge Romero Firulete. Allí actuó Grace Jones, una "pantera negra" que cantaba "La Vida es Rosa". En su pleno apogeo vimos al grupo Boney M, con "Rasputín". Otros programas eran los especiales para elegir a la Miss Chile, o el "Cantaron en Viña un día", ambos animados por un flaco Antonio Vodanovic. Era el modo de alejarse de nuestra realidad, ver ese inexistente mundo que muestra la TV, donde todos ríen aparentando ser felices. La TV de esos años

fue el instrumento usado para la propaganda, para dar la imagen de un país libre y ganador.

Estuvieron las teleseries “La Madrastra” y su clásica pregunta ¿Quién mató a Patricia?, “La Torre 10”, “Los Títeres”, “De Cara al Mañana”, “Tres Cruces”, la brasilera “Ronda de piedra” todas exitazos de este nuevo género dentro de la televisión criolla. Así nacieron las áreas dramáticas de los canales de televisión. Por otro lado, en esos años se hablaba del apagón cultural a modo de oasis. Hubo algunos libros que fueron tema de conversación entre nosotros, de Huneeus estaba “Lo Impensable”, que describía el efecto de una explosión nuclear en una ciudad, con las secuelas horrorosas de esa realidad tan lejana, que, sin embargo, está más cerca de lo que se piensa. Del mismo autor es el famoso libro “La Cultura Huachaca”.

Además, redescubrimos de Lafourcade “Palomita Blanca”, de Neruda “20 poemas de amor y una canciόndesesperada”, de Edwards “Persona Non Grata”, de Isabel Allende “La casa de los espíritus” y tres tomos gruesos de “Chile, la memoria prohibida”, que pasaba de mano en mano y se debía leer de forma rápida para que siguiera circulando.

Fuimos simplemente jóvenes de la década perdida de Latinoamérica, la década de la deuda externa, de la desesperanza para nuestros pueblos, así marcados, creciendo en una desigualdad que se ha ido acentuando con el tiempo. Vivimos y aprendimos a vivir en esos años. El límite de los pirulos y nosotros era la Plaza Italia. El ir a Lyon con Providencia ya era algo grande pa’ nosotros.

Cuando tuvimos que ir alguna vez a Providencia o Las Condes vimos que había otras ropas, otras caras, otras marcas e incluso otro modo de hablar; jamás tuvimos un jeans Ellus o Levis, salvo los comprados en la ropa usada.

Pero nadie notaba esas diferencias, al menos entre nosotros los del sur. Fuimos los jóvenes de los *skate* de cubierta de plástico, de los patines de cuatro ruedas. Cómo olvidar las competencias de *skate* en la calle Centro América o las tiradas en *skate* con el Juan y el Fernando desde el puente de San Joaquín. En los veranos salíamos en motoneta, sin poleras, menos casco, sólo a sentir el viento en nuestros cuerpos. Éramos libres con algo tan simple como sentir el viento sobre una viejísima motoneta italiana sacada a escondidas con el Juan de la esquina a don Oscar. Era fascinante recorrer las calles de tierra de nuestra población volando en esa Lambretta que se quedó de un día para otro ahí parada en el patio, debajo del parrón, para nunca más despertar y así nunca más sentir su ronco sonido sesentero.

Estuvimos en la década donde llegaron los autos japoneses, el teléfono fijo se masificó, además la tele a color ya había desplazado a los televisores-muebles que eran en blanco y negro, los cuales no se podían tocar ni menos sacarle el pañito que los cubría del polvo. Estaban en el living, ahí al centro, delante de todas las miradas, era el rey de la casa.

El primer auto de la cuadra, así le decíamos a nuestro pasaje, fue el de don Pepe, un Chevy café claro de 2

puertas, que su hijo Leo lo pasaba limpiando. Creo que nunca voy a ver un auto más limpio que ese Chevy, si hasta le sacaba las mascarillas de las luces para lavarlas por dentro. En los ochentas, ir a cualquier punto de Santiago estaba a 30 o 45 minutos de nuestros hogares, recorrer distancias largas no era sinónimo de tacos.

Fuimos los jóvenes desempleados de la crisis del 82, el PEM y el POJH eran parte de nuestros currículum, siendo pegas fijas para nuestros padres. La Vega de Lo Valledor fue nuestra gran proveedora de alimentos, aun en escasez siempre había algo que hacer para ganarse unos pesos como, por ejemplo, un flete, una cargada de un camión a cambio de verdura o fruta pa' llevar a casa. Hay un dicho en la Vega que dice que nadie se muere de hambre, lo que para nosotros fue una gran verdad.

Pateamos muchas piedras. Luego de nuestras eternas caminatas, nos parábamos en la esquina tal vez a ver cómo se nos iba la vida. La juventud es como un suspiro, un abrir y cerrar de ojos, lo más rápido que pasa es la juventud, pero lamentablemente cuando uno es joven piensa que es un estado eterno, que todo se puede. Muchos quedaron atrapados en la esquina esperando eternamente su estrella, su mejor destino. Tal vez su mundo mágico y mejor se lo dio una botella o un polvito blanco traicionero que apareció al final de nuestra década.

"Mis amigos se quedaron, igual que tú
Este año se les acabaron, los juegos, los doce juegos

Únanse al baile, de los que sobran
Nadie nos va a echar de más
Nadie nos quiso ayudar de verdad".

Un niño testigo de esa decadencia, a fines de los noventas lo gritaría al viento, lo escribiría en su canción "Angustiado desahuciado", su rabia quedaría plasmada en el tema "Gato comunista", los bandoleros de los hermanos Alex y Roberto Marchant nacerán musicalmente en Teno y lo cantarán a Chile y al mundo, reflejando una realidad que lentamente se tomará el sur de Santiago, también el norte, el poniente y el oriente de nuestra capital. Será como una mancha de aceite que paulatinamente abarcará hasta el lugar más lejano de nuestro país. La cocaína con sus derivados y sus nefastas secuelas ha llegado para quedarse.

Aún esa pesadilla está presente en el barrio, carcomiendo todos los cimientos del buen convivir, provocando inseguridades, violencia, miedos y recelos en una comunidad fundada en el ayudarse mutuamente. A menor o peor educación, mayor grado de dependencia y adicción a este veneno que marchita a toda la juventud, a jóvenes marcados por la desesperanza.

Fuimos arrogantes, rebeldes, ingenuos, creativos, flojos, sencillos, amigables, soñadores, divertidos, livianos, graves… Fuimos simplemente jóvenes.

La citrola de Germán

Germán era cuñado de Lucho, chofer de micro. Nos llevaba sus buenos años, por lo cual fue la ventana al lado B de la sociedad, de la otra vida. Siempre bromista, con la agudeza que le daban sus carreteados años, le gustaba pararse con nosotros a conversar mientras fumaba un cigarro. Se perdía por días y luego aparecía como si nada, arrendando de un lugar a otro de Santiago. Muchas veces la micro en la que trabajaba estaba cargada con sus pocas cosas de casa. Germán era seco para las *chuchadas* y las bromas de grueso calibre.

Tras una de esas tantas pérdidas apareció con una citrola celeste desteñida, sucia, con la tapa del motor doblada, casi quebrado su chasis, muerto de la risa, gritando “ya, huevones, ayuden a empujar”. Nos mostró su última adquisición. Se lavó, desarmó lo que pudo para volverla a armar y a puros golpes logró darle algo de forma a la tapa del motor. Con una pintura verde de reja se pintó el auto a brocha limpia, de alrededor de la multicancha se sacaron un par de neumáticos que servían de asiento para ver las pichangas, que estaban en mejor estado de los que tenía, y se conectaron algunas luces con alambres gruesos, que se amarraron en el parachoques

por un lado y al otro extremo en los respaldos de los asientos delanteros. Así se logró dar algo de firmeza al chasis semi quebrado por los años.

La noble citroneta celeste, pasó a ser la citrola verde de Germán, con la clásica maletita trasera porta-neumático, modelo que sólo se produjo en Chile. Este vehículo fue diseñado para la campiña francesa, era de fácil mantención y su suspensión, que debía poder atravesar un campo arado sin ningún problema, seguía tan eficiente como en sus mejores años.

Según él, la compró en 30 lucas, se sacó de un gallinero cerca de Rancagua y la trajo remolcada por una micro de un chofer amigo. Sin duda, fue la entretención durante un par de meses.

Se logró hacer andar y salíamos en las tardes por el barrio a disfrutar de esta noble citrola verde. Bastaba con juntar dinero entre los paseantes y mil pesos de combustible era suficiente, era lo que se podía reunir. Quienes se sentaban en los asientos de atrás debían estar atentos en las curvas o subidas, ya que al grito del Germán "¡No tengo pedales!", debían tirar fuerte de los alambres, para recoger algo el chasis de la trola, para que asomaran los pedales, así Germán podía pasar los cambios o bien frenar. Alguien ofreció traer guantes para tan delicada maniobra, pero éstos nunca llegaron.

Fuimos a algunas fiestas. Germán desde un rincón miraba cómo bailábamos para luego imitarnos,

bromeando de lo lindo. Nos indicaba a qué niñas mirar o aconsejaba cómo enfrentar la situación, y al final, siempre camino a casa, nos decía: “Puta que son huevones, había cualquier mina y los pavos solos”.

Un día de lluvia, cruzando Gran Avenida, el sistema de tirar los alambres no funcionó y pasamos la calle con rojo, quedando al otro lado de ésta pálidos de susto, dimensionando el riesgo. Después de esa salida lentamente dejamos atrás a Germán y su Citrola, o quizás él nos dejó a nosotros.

Tal cual como llegó al barrio, desapareció un día. Una mañana helada de invierno, remolcada por algún amigo micrero, se fue la Trola verde y dentro de ella Germán con sus cosas. Así, sin despedirse, se alejó entre la niebla matinal a buscar otro sitio donde vivir y dejar su liviano equipaje esperando un nuevo viaje, una nueva aventura.

La casa de Orlando

En una casa de autoconstrucción de calle Andén en la población ferroviaria, de la familia González, vivía Orlando. Era una casa de dos pisos, como un castillo con dos puntas en sus extremos, con rincones encantados. En la entrada te recibía un parrón largo bajo este una hilera de butacas de madera de algún cine viejo, abandonado, la casa tenía en sus esquinas dos cúpulas tipo mansión de los locos Adams. En un extremo del patio había una escalera que no iba a ninguna parte, era la escalera al cielo; en el otro extremo había unos cactus que le daban un ambiente de desierto, extraña, entretenida y fascinante casa.

Adentro llegabas a un living con vitrinas llenas de copas y figuras de cristal. A un costado de éste había una sala, que era la biblioteca, con un piano en un rincón, allí se ubicaba, el Grupo Cultural Salvadora de la parroquia San Lucas era el sector de los lanas y del vino navegado, escuchando y cantando a Inti, Sol y Lluvia, Transporte Urbano, Quelentaro, El Quila e Illapu.

Cruzando el living venía el comedor enorme con ventanas que daban a un jardín interior donde había un gallinero. En un costado estaba la escalera que comunicaba

con el segundo piso. Junto con la escalera, estaba la chimenea, la cual para nuestros encuentros era ocupada por un viejo tocadiscos, una ampolleta, un tarro con un hoyo con celofán rojo que hacíamos girar para dar una luz tenue, una ambientación de discoteca a nuestras fiestas, y enormes espejos. Un espacio gigante era el comedor, donde instalábamos la pista de baile. Afuera, la famosa escalera al cielo y esas butacas testigo de besos dados en silencio, en la oscuridad cómplice de la noche.

Orlando subía un par de peldaños en la escalera, se apoyaba en el muro de la chimenea, después de unas breves palabras daba como iniciada la fiesta y luego bailaba "Hotel California" del grupo Eagles con su polola. Era la fiesta que marcaba el inicio del otoño e incluso, se podría decir que era la que abría la temporada de fiestas del año. Comentada, disfrutada y sobre todo esperada, era un hito dentro de nuestros calendarios.

A Orlando, al igual que a Carlos Martínez de la Avenida Central, lo conocí en la Parroquia San Lucas, donde hacíamos un preuniversitario. Orlando se demoró todo un verano en aprender a tocar guitarra, cada vez que yo pasaba estaba bajo el parrón tocando, rascando la guitarra, su porfía, el querer lograrlo lo llevó a cantar en peñas, donde se compartía navegado y sopaipillas viendo actuar al grupo de teatro Canapé de la calle Andén, el grupo Barricadas de La Victoria, Los Yuntas y tantos más. Orlando y Carlos se incorporaron fácilmente al grupo del barrio de Alejandro Petión. Con Carlos compartimos

el trabajo de peonetas en el camión del Pulina. Carlos, sencillo, bueno para el baile, el fútbol, sacrificado y protector de su prole, venía de una familia enorme, de hermanos “enyuntados”, su padre era zapatero de la escuela militar. Carlos fue un eterno enamorado de Teresa, su polola, quien vivía en el pasaje El Sol junto a su hermana Marcela, Sandra, sería el grupo de la parroquia. Carlos se casaría y formaría familia con Teresa, su compañera de viaje.

Un viernes previo al sábado esperado, nos juntamos un grupo de amigos para fumar un puro que Ulises tenía guardado por meses. Miramos un humo incipiente que salió de la nada y sin mayores dilemas empezamos a caminar, pero luego a correr, mientras las sirenas de los carros bombas anunciaban su llegada. Presagiamos que era un incendio muy cerca y bromeamos que sería en la casa de Orlando y no habría más carretes. Al llegar a la calle Andén nos dimos cuenta de que la broma era una realidad, pues efectivamente era la casa de Orlando la que se quemaba.

Entre la gente reunida logramos entrar hasta el parrón y un golpe me detuvo por un momento. Un hombre de terno escondido en un pilar me golpeó la espalda, pero seguí corriendo con Carlos y entramos por la ventana de un dormitorio, que era el de los padres de Orlando. Sacamos lo que pudimos, ya que el calor, el humo y el agua caliente que nos caía hacía complicada la tarea. Pude ver entre los bomberos a parte del grupo

Salvadora de la parroquia sacando el piano, los libros y las vitrinas. Luego los bomberos tomaron el control y pidieron abandonar el terreno.

Al salir a la calle, un auto Chevrolet Opala recoge a dos tipos y se marcha rápidamente. Uno de ellos era el que me había golpeado. La gente empezó a gritar "¡asesinos!", era un auto de la CNI, nunca me quedó claro por qué estaba ahí, tal vez porque Orlando y su familia eran miembros activos de la parroquia San Lucas, familia luchadora de izquierda, o sólo sería la casualidad, es decir que llegaron por el barullo del incendio.

Desde la piscina de una casa vecina se logró hacer una cadena humana, sacando baldes de agua, los cuales se perdían en las llamas gigantes que consumían la casa. El padre de Orlando miraba con sus ojos brillosos y sólo exclamaba "¡por qué ahora que soy viejo me pasa esto!" Lo levanté con mis manos y ahora, viejo y cansado, decía: "no sé si tengo la fuerza para empezar de nuevo".

Cuando el fuego se extinguió me fui a dormir para estar al otro día temprano formando cuadrillas de amigos para limpiar y despejar los escombros. Ver el desastre en su real dimensión fue impactante: sólo quedaron los muros del primer piso, parte de la biblioteca, del segundo piso nada, el parrón chamuscado y apenas algunas butacas intactas.

Empezó el trabajo de hormigas, donde cada cual puso lo suyo. A la hora de almuerzo, el pasaje se llenó

de mesas formando una larga. Llegaron las dueñas de casa con sus ollas, platos y servicios. A mí me tocó comer tallarines; en tanto, al frente mío se sentó Fernando y Carlos, a quienes les tocó una cazuela de vacuno. Al mirar las mesas notabas que cada vecino sacó su plato de comida del día, el cual compartían con esta cuadrilla de jóvenes tiznados, sucios y bulliciosos.

Esto fue un oasis en medio de esa situación tan triste y desalentadora. La grandeza del barrio se veía reflejada en cada muestra de cariño, todos fuimos uno ese día. Rápidamente se creó un comité que programó una fiesta para reunir fondos, la cual fue un éxito. Con esa ayuda y otras se pudo dar inicio a la reconstrucción de la casa de Orlando, que ahora sería de un piso, ya sin el encanto de casa embrujada, sin esos rincones mágicos y misteriosos que desaparecieron con ese incendio de abril.

El Choche y el Feña

Ayer, gracias al insomnio, me detuve en un programa de televisión donde desde la pobreza material se llegaba a la riqueza del espíritu, donde desde un campamento de la comuna de Lo Espejo se construían sueños, esos sueños válidos, simples, los verdaderos. La similitud del personaje con mi amigo del barrio me llevó a recordar mis lejanos años en Lo Valledor Norte, del Choche su tirito y su bolsillo roto del pantalón, donde de vez en cuando caía una que otra bolita de las que jugábamos al hachita y cuarta. Él con su ojo certero casi siempre ganaba. Desarmado tomaba su tirito y lo raspaba en la vereda, para luego hacerlo bailar en el cemento. Agudizaba su vista, se perfilaba a tomar puntería rumbo a mi bolita que estaba agazapada tratando de camuflarse en el café claro de la tierra suelta, alargaba su brazo con cierta elegancia y con un ojo cerrado la lanzaba al aire como un gorrión libre en el espacio, así iba ese tirito rumbo a la hachita o lo más seguro a la cuarta marcada en la tierra. Era el lanzamiento de un diestro jugador que, sin medir con la mano de niño callejero, ya era un hecho que ganaba. La sonrisa cómplice y el sudor en su frente indicaban el cobro de las dos o tres bolitas que debía pagar, era una justa donde él llevaba cierta ventaja.

Casi nunca compré bolitas porque me las regalaban o las ganaba en el barrio. Las guardaba en una bolsa de género que mi madre me hizo. A veces perdía, en otras ganaba, por lo general cuando jugábamos varios a la Troya. Había días que era seco para los pepes, que era dar un paso, tirar desde arriba con fuerza la bolita y pegarle medio a medio a la bolita del rival. Si el Choche era seco para la hachita y cuarta, mi fuerte era jugar a la Troya. Al igual que el Choche, en más de una ocasión a media tarde quedaba al entrar a casa con menos de la mitad de las bolitas ganadas, debido a un traicionero hoyo de la bolsa donde se escapaban mis nuevas bolitas conquistadas en el juego de la calle.

Pasados muchos años desde mi primer llanto, me vuelven a la memoria esas tardes frescas del otoño, con el Choche y su mordida de lengua cuando estaba a punto de ganar, eso lo delataba, por lo que el Feña lo molestaba para desviar su atención, así el pobre Choche erraba su tiro. Luego sólo se escuchaba la voz del Feña con su "puta, el huevón malo", lo que acompañaba con su risa y morisqueta sarcástica. *"No me hueví, Fernando, que vo soi más malo que y*o", contestaba el Choche. En realidad, el Feña era malo para las bolitas, incluso jugaba con "rehue" e igual perdía, malo para las pichangas, el caballito de bronce, el tombo, etc. Era más de leer, ver tele, siempre imitaba las voces de los personajes de moda, le salían bien, en realidad más que bien, muy bien, era quien ponía la cuota de humor en el grupo de pelusas.

Tantos juegos infantiles de grupos de barrio pobre hay en mis huesos. Jugábamos a las Naciones, al Alto, a la Escondida con su “Salí”, “Un, dos, tres por mí y todos mis compañeros”, el fatal “Creo Falso”, donde quien pillaba debía contar de nuevo y empezar de cero el juego.

Recuerdo cuando pintábamos con tiza la pared de la casa de la esquina. Anunciando el espectáculo del *“Bototo de* Oro”, mezcla de festival artístico cultural creado y organizado por niños, donde unas ruedas viejas de autos eran la galería, por lo que en ellas se sentaban cuantos cabros chicos del barrio se podían apilar. Con sus mocos colgando, su semi peinado y su semi cara limpia llegaban a ver el modesto show que nosotros, los mayores, preparábamos al atardecer de esos días.

Unos tarros con velas encendidas en su interior eran los focos para iluminar a nuestros artistas. En su vereda canto y actuó *Florcita Motuda, Firulete, el Coco Legrand, la Rafaela Carrá, Camilo Sesto*, etc. A mí me tocaba animar este magno evento, así que me ponía la chaqueta de mi Primera Comunión (sacada a escondidas) encima de mi chaleco roto y sucio. En tanto, un palo de escoba con un cordel era el micrófono de nuestro festival, que empezaba bien temprano. Primero se limpiaba la cuadra, se regaba la calle, se barría y con aserrín se marcaba el escenario, a través de un cuadrado gigante que indicaba el lugar donde se sentaría el público. Luego se esperaba la tarde para poder ocupar los focos que estaban a cargo del Lucho, el Manuel y el Feña, quien

se hacía el distraído y dejaba caer la esperma derretida en más de una cabeza de los chicos que ni chistaban mirando el show.

El Choche siempre quiso cantar o contar un chiste, pero al final sólo se quedaba de público. A su vez, el Feña, sin subir al escenario, tiraba sus tallas que hacían reír al respetable desde las sombras de la tarde. Ambos nunca se subieron al escenario, pero eran parte viva del deslavado show callejero, lleno del encanto sencillo de la población de la periferia que casi cuelga del lado sur de Santiago, con sus casas bajas y sus calles de tierra que eran el sitio de encuentro; nuestra cuadra era el vuelo, la libertad, el castillo de nuestro reino.

Éramos como cachorros despiertos, juguetones, fuimos el ruido eterno de las tardes de mi barrio. Nuestra calle se llenaba de gritos y risas que se iban apagando junto con el sol, y nuestros límites eran la calle, el no llegar tarde y para los más responsables eran las tareas que ya en abril eran muchas y de distinto tipo, como la carpeta del Día del Carabinero, la del Mes del Mar, la biografía de Arturo Prat, dibujar la Batalla de Maipú y generalmente estudiar para las primeras pruebas.

Mi dolor de espalda en las mañanas me indica que estoy a bastantes años de mi origen, a otros tantos de esos años de juegos callejeros y muy lejano a esos soles de mi infancia.

Ya se apagaron las voces de Feña y Choche, tomaron el mismo rumbo, pero al mirar atrás en el límite de la

vida se ven sus siluetas correteando, a ratos saltando, pero casi siempre caminando con un tranco cansino de pelusa de barrio, de cabro travieso de población.

En ese lejano horizonte los puedo ver jugando a la hachita y cuarta, uno mordiéndose la lengua, el otro pidiendo jugar con rehue.

“Ma Keen Dawn”

Esta canción era tal vez sin quererlo el tema cómplice de nuestra juventud, del grupo de amigos de Lo Valledor, donde los sueños eran muchos y los recursos pocos. Pese a las limitantes éramos forjadores de lindas iniciativas, como el centro juvenil “Hacia la cumbre” en la vieja sede de la junta de vecinos, un cascarón de madera reseca por el tiempo y el sol, la parroquia, la JOC, las colonias urbanas, las barricadas en las protestas y tantas otras cosas de trabajo que nos hermanaban en alguna causa justa.

Esta canción nos acompañó en las fiestas de sábados, cuando las luces se apagaban y empezaba lentamente a sonar esta música suave, tema cómplice de besos, de miradas, de buscar, de encontrar, de furtivos amores y de largos pololeos. Como no era un tema conocido, eso lo hacía exclusivo, lo hacía nuestro.

Así era ese tema de los Cadillacs:

“Mis amigos me cubren cuando voy a llorar,
Por más que quieran callar nuestra voz
Nunca podrán callar esta canción,
Voy vestirme de traje aunque me vea mal,
Nosotros somos amigos,

Más amigos que antes,
No voy a parar de bailar".

Qué potente y verdadera frase. Cuántas veces mis amigos me cubrieron con sus silencios o bromas y me acompañaron en momentos duros, difíciles; espero yo también haber hecho lo mismo por ellos.

Recuerdo el sonido mágico del violín y del saxo, que en cuántas madrugadas sonó más fuerte que nunca en los parlantes que bombardeaban las horas de nuestras vidas de esos esperados sábados. Sábados sin previa, llenos de ganas de sentir, de vivir con la fuerza de la juventud, era el tiempo donde éramos eternos, dueños de los sueños alocados, nuestro límite era infinito y nuestro horizonte, que se mostraba a nuestras miradas sinceras y limpias de dudas, era inmenso.

Será porque no había inciertos en nuestras mentes, todo se podía hacer, era sólo comenzar a hacerlo, éramos como todos los jóvenes de todos los tiempos, simplemente indestructibles, éramos la "juventud, divino tesoro", corta, frágil como una burbuja de jabón.

"No quisiera un fracaso en el sabio delito
Que es recordar.
Ni en el inevitable defecto que es
La nostalgia de cosas pequeñas y tontas
Como en el tumulto pisarte los pies
Y reír y reír y reír,
Madrugadas sin ir a dormir".

Cosas pequeñas y tontas, muchas risas, bromas, vagas conversaciones y tensos debates hay en la esquina de mi barrio viejo; cuántas madrugadas sin ir a dormir estuve con mis amigos en esa esquina, mirando pasar la vida, buscando respuestas a los enigmas y preguntas propias de nuestros años.

Masticábamos la rabia de la injusticia, emocionándonos; disfrutábamos los momentos felices y sinceros donde renace el hombre nuevo, el hombre que nace en cada sueño juvenil donde el motor es la rebeldía, donde no hay nada imposible sólo hay que intentarlo.

"Te toco y tú escapas,
¿Quién eres tú, Ma Keen Dawn?"

Es mágico y curioso cómo una frase escondida en una canción añeja te lleva al mundo de los recuerdos y así el pasado se hace palpable, se hace presente. Con tan sólo escuchar una canción puedo viajar, volar e incluso, más que recordar, puedo sentir como si lo estuviera viviendo ahora.

No me gustaría perder el don de recordar, de no saber qué fue del ayer; olvidar las caras de quienes me rodearon me marchitaría, me secaría por dentro, con mucho dolor.

En este presente vivo y respiro con base en lo vivido, en base en lo recorrido con quienes me acompañaron, me acompañan y me acompañarán.

Mi presente y mi futuro son el producto de mi pasado, y en mi pasado está aquella simple canción de amor que fue una fiel compañera del grupo de amigos de los 80.

El casete de Olga

Cada vez que escucho Air Supply no puedo evitar acordarme del casete de Olga, nuestra amiga que siempre lo llevaba a cada fiesta del barrio, era el clásico casete que se ponía a media fiesta, cuando se apagaban las luces y la música empezaba a sonar suave para dar inicio a los lentos de los 80. Nuestra música, nuestras fiestas.

Nuestro barrio estaba colgando de Santiago, limitado entre un matadero, un aeropuerto y una línea de tren. Nos hacía como isleños, lejos de las grandes centros de diversiones, teníamos en el día la calle de nuestros pasajes como entretención, los fines de semana las fiestas ("brillo") en casa de algunos amigos, como en la casa de Emilio, Leo, pero especialmente de Olga, Ulises, Samuel y el Dany, donde eran más comunes las fiestas, cumpleaños, fin de año, fiestas patrias, fin del verano, llegada del invierno, en fin, siempre había algo para celebrar los sábados. Estas casas eran sencillas, con juegos de luces amateur e improvisados bares, pero llenas de magia y de entusiasmo para vibrar con cosas simples.

Era nuestro espacio, nuestra disco, nuestro recital, era el momento de juntarnos sencillamente a vivir nuestra juventud proletaria, a compartir por una noche, a sentir la fuerza de nuestra poca alocada juventud castrada por la bota militar, cegada por los medios de comunicación chatos, de una sola postura, la postura oficial.

Eran las pequeñas noches de alegría, de compartir el grupo, de sentirse parte de una manada, de una tribu, de nuestra gente, esa sencilla que es un número olvidado en las encuestas oficiales, una cifra en rojo que se indica en un gráfico, los sin nombres, sin caras, sólo una cifra que se oculta o se usa para sacar el mejor provecho en los vaivenes de la vida, la que sólo existe para la Teletón o para emitir un voto en alguna elección oportunista.

Qué simple es recordar con aquellas canciones a esos amigos del barrio, sus risas, esa chispa que había en sus ojos donde éramos eternos, donde nuestros sueños estaban allá lejos, en el cielo, al alcance de nuestros dedos.

Como quijotes no podíamos vivir sin sueños y esa fue la época de vivir los sueños, de aburrirse de inventar, de rebelarse para cambiar lo que estaba mal y potenciar lo que pudo estar bien.

Nuestro grupo tenía sólo dos mujeres, Olga y mi prima Jessica. Ellas aperraban, eran parte de nuestras salidas por la Caro, el callejón Ovalle o nuestra población.

Cuántas madrugadas llegando a mi hogar tras terminar en casa de mis amigos hueviando de lo lindo, con el Fernando y sus tallas, la risa de Jessica, la Olga y su sueño, el Lucho, yo y Ulises en un grupo conversando, mientras en otro grupo Samuel, los toños y el Charles con algún invitado de paso.

Membrillos robados de un camión de amanecida, una salida a acampar a la playa de San Sebastián, donde en las noches los reyes eran los zancudos, el arroz cocinado por Olga, tan apetecido y esperado, un rico arroz graneado que se come con ganas, con hambre del mochilero. Todo era bueno, el agua helada, el pan pelado y ese arroz graneado sabroso. Los paseos en la terraza de Cartagena, el cantar desafinado a todo pulmón a Sol y Lluvia, escuchar a Los Prisioneros por todas partes, a toda hora…

Las conversaciones bajo el parrón, los naipes, la música clásica en las tardes de domingo, todo un mundo presente al escuchar un casete con los lentos, como el casete de Olga, esa maltrecha cinta y su plástico desteñido, que pese a su apariencia tenía ese encanto, esa potencia que nos unía, que nos seducía en esas lejanas noches de nuestras vidas.

Me acuerdo de mi niñez correteando por los Cerrillos tratando de pillar aviones al atardecer, después de clases. Alguna vez fui a ese lugar para correr y sentir el viento en mi cara, mientras la bola amarilla del sol cubría el horizonte indicando su despedida. Los aviones se veían

como gaviotas negras surcando el cielo rojo de la tarde, mientras yo saltaba, corría y reía con la sencillez de un niño, como la magia de ese sencillo casete y la música grabada en él.

También rememoro la casa de los Torres Méndez, las noches de sábado, los completos de la Chabelita, el compartir de la nada todo, después de la vuelta a la Bata o caminar por La Habana, mezclarse con cientos de jóvenes con los mismos sueños, los mismos anhelos. Si pudiéramos medir lo caminado en esas noches estoy seguro que llegaríamos hasta Arica.

Después de vuelta al pasaje, a esperar la fiesta o quedarse en la esquina mirando cómo el mundo cambiaba y con él nosotros. Otras veredas guían nuestros pasos, otros lugares físicos ya no los junta, nos llevan por caminos distintos. Pero tengo la huella de mi barrio, de mi gente, de esas noches de verano con mi grupo, con mis amigos, que curiosamente no los veo hace muchos años y aún siguen siendo amigos. Recuerdo sus trabajos de artesanía reparando muebles, el talento y destreza de sus manos, nobles artesanos de la madera, pero lo que siempre recuerdo son las palabras del padre de Olga, Ulises, Samuel, y Daniel, un gran hombre sabio:

> *"En mi trabajo va mi nombre y mi apellido y ése es el de mi padre, por eso cada vez que un tapicero tenga que reparar un mueble mío, quiero que diga 'qué buen trabajo es éste, se nota que el maestro lo hizo bien y sabía'".*

Esas palabras trato de aplicarlas todos los días, algunas veces fallo, en otras no, pero trato que mi trabajo sea bueno, de calidad, porque en él van los apellidos de mi padres.

Octubre de 1982

El caluroso verano de 1982 acaeció un terrible hecho, ya que el 25 de febrero, en un camino de tierra, apareció asesinado cobardemente Tucapel Jiménez. Fue una noticia de página roja, pero con poca cobertura en los medios oficiales, simpatizantes del gobierno, que eran casi todos, lo cual era obvio porque los asesinos eran de aparatos estatales (DINE). Los medios de comunicación con su autocensura sólo informaban lo que acomodaba a la dictadura, salvo raras excepciones.

Casi un mes antes, el 22 de enero, falleció en la Clínica Santa María el ex Presidente Eduardo Frei Montalva. Recuerdo que en mi barrio se corrió el rumor de que la dictadura lo habría envenenado o algo por el estilo, ya que se había convertido en el más fuerte opositor a Pinochet y sus políticas plasmadas en una nueva carta magna: la Constitución de 1980.

Fue en agosto de 1980 que el teatro Caupolicán se llenó para escuchar el discurso de Eduardo Frei, el cual se transmitió por radio. En mi cuadra parecía cadena nacional pues todos los vecinos tenían la radio encendida, incluso algunas a todo volumen. La gente gritaba y aplaudía por cada reclamo o acusación expresado por el ex presidente.

Esa simpatía se explica, debido a que nuestra población al igual que otras del gran Santiago se potenciaron durante su gobierno. Además nuestra cuadra está junto al jardín infantil, fundado en honor a su hermana fallecida en un accidente automovilístico.

En el jardín Irene Frei, casi todos los 15 de agosto era habitual ver a mucha gente de la DC, incluso al propio don Eduardo. En una de sus tantas visitas, estando nosotros jugando al trompo, se bajó de su auto, le pidió el trompo a Emilio, con quien jugó como el mejor de nosotros, intercambiamos algunas palabras, nos dejó su teléfono y nos invitó a pasar a la misa donde estaba gran parte del barrio.

En ciertas ocasiones venía acompañado por un niño que tal vez era su nieto, a quien invitábamos a jugar a la pelota sin decir ninguna palabra, sólo con gestos. Él observaba desde una esquina, se acercaba lentamente y nosotros lo mirábamos de reojo, para que luego alguien del grupo, con un gesto, lo invitara a ser parte del juego. Más de una vez se fue con una patada de las buenas, pero él sólo atinaba a limpiarse y se paraba para seguir jugando aguantando el dolor.

En otras ocasiones entrábamos a la misa y luego de ella esperábamos el pequeño cóctel para comer de todo, pero habitualmente nos quedábamos afuera a cuidar los autos, esperando una propina al terminar la ceremonia.

El otoño de 1982 trajo vientos de guerra en el vecino país, ya que el 2 de abril los argentinos ocuparon las

islas Malvinas, por lo que estuvimos en esos meses con noticias del otro lado de la cordillera. Me acuerdo que una parte de la población estaba con Argentina, mientras que el otro tanto como siempre los tildaba de cachetones, agrandados, miradores en menos y decían que después de las Malvinas seríamos nosotros los invadidos.

La dictadura apoyó clandestinamente a los ingleses, facilitando información y territorio, esperando la limosna inglesa al final de la contienda, un hecho que a mí me dio vergüenza, ya que esa actitud no reflejaba a mi verdadero país.

Del caluroso verano del 82 entramos a uno de los inviernos más lluviosos, cuando la naturaleza desató toda su furia con el río Mapocho mostrando su fuerza. Su caudal aumentó bastante más de lo usual, así que fuimos una tarde a ver cómo estaba el río de grande y realmente nunca había visto el Mapocho tan imponente, de un riachuelo casi seco en verano se transformó en una masa de agua café enorme, arrastrando mucha basura con una fuerza nunca vista.

No dejaban acercarse mucho, de hecho estaban acordonadas las riberas, así que todos contemplamos en silencio tan majestuoso espectáculo, verdaderas olas de agua café que chocaban con los pilares del puente del Arzobispo y con las paredes de las riberas del río. La naturaleza mostraba su poderío en esa masa de agua que bajaba rápidamente desde la cordillera hacia el mar cruzando la ciudad, dejando a su paso casas

anegadas, calles inundadas, muertos y desaparecidos. Fue un temporal de grado 10 en la escala de Beaufort.

En aquel año Chile iba al Mundial de Fútbol en España. Yo como hincha de Cobreloa estaba desilusionado al ver que el guatón Santibáñez llevó a último momento a algunos jugadores del equipo naranja, pero los dejó en la banca, entrando las vacas sagradas de siempre. Para colmo, Caszely se perdió un penal y el Pato Yáñez no brilló como pensábamos. El despliegue y amor propio lo puso Gustavo Moscoso, y el gol maravilloso fue de Juan Carlos Letelier.

Al final nos habíamos subido a un carro que en vez de llevarnos a la victoria nos llevó al desastre, pues perdimos los 3 partidos del grupo, retornando rápidamente a casa, en la carreta de la derrota.

Un martes de octubre, día nublado, algo frío, después de una ligera lluvia, fuimos un grupo al Teatro Tarapacá. Era la primera vez que yo iba a las filmaciones del programa “Música Joven”, que se transmitía por el Canal 11 de la Universidad de Chile, una copia del lejano programa juvenil “Música Libre” o tal vez del “Gira Gira Sol”, ambos de los años setentas.

Llegamos a San Diego con calle Tarapacá algo atrasados, así que corrimos cruzando la calle. Los que fuimos ese día éramos Gloria, Oriana, el Quique, Leo, Emilio y yo.

Al portero le decían Moái, era el amo y señor de abrir o cerrar la puerta del teatro, un tipo grandote, gordo, que se imponía con su sola presencia, pero al poco andar te dabas cuenta que era un tipo muy simpático, buena onda.

Entramos con la táctica de llegar atrasado, poniendo cara de Gato con botas, y él simplemente movió su cabeza y abrió la puerta diciendo "no le cuenten a nadie". Por lo lleno del lugar, el grupo se dividió en dos, unos en el primer piso, los otros en la galería del segundo piso, luces, música fuerte, todo el mundo saltando, agitado, eufórico, éramos parte de la movida. Todo era más pequeño de lo que se veía por la televisión, la escenografía estaba formada por unas telas que tapaban otra escenografía, que era la del programa "Chilenazo".

Fue espectacular ver a Pilar Cox en vivo, era realmente preciosa, muy linda, además simpática, una diosa en movimiento.

Sólo la había visto por televisión, pero no la ubicaba mucho. En marzo de ese mismo año la había visto por primera vez anunciando el tema de Jeanette "Frente a Frente", con una chica doblando el tema y de fondo unos chicos bailando en patines. La vi en casa de Oriana.

Ese día que fuimos al programa, era el martes 5 de octubre, entre tema y tema se hacían desórdenes tipo filmaciones de Los Beatles, nunca había visto tantas mujeres gritar por un alguien. Era como estar en medio

de un recital de algún famoso súper star, cuando salían algún lolo era un chillido ensordecedor, el que era más famoso en ese momento era un Keko, un cabro flaco que doblaba el tema “Gaby”, cada vez que decía Gaby el coro de chicas del público gritaba “Que”, seguía la canción diciendo Gaby sácama de aquí, las chicas volvían a gritar esta vez “No”, como algo tan simple provocara ese grado de locura.

El que tenía más arrastre de nuestro grupo con las chicas era Leo, quien era parecido a ese personaje del Keko de la tevé, incluso más de alguna vez lo confundieron. El Leo, siempre reservado y buen amigo, trataba de ser de bajo perfil y meticuloso como su padre al hacer las cosas que se proponía. En ese tiempo le gustaba el grupo australiano Men at work y los Queen y su tema “Don’t stop me now”, escuchado en su equipo Electra a todo volumen.

El Quique quedó prendido con una lola rubia llamada Jessica que doblaba el tema de Mecano “Maquillaje”. Cada vez que escucho ese tema me acuerdo del Quique y sus gritos diciendo “Jessica te amo”. A mí me gustó Mariella, una lola de pelo corto negro y linda de cara, que sin ser la más famosa me llamó mucho la atención. Aún recuerdo esa primera impresión al verla, estaba en la galería mirando cómo el iluminador movía los focos y les cambiaba el color y la forma a las luces, cuando salió con el grupo bailando un tema de Donna Summer, con un vestido amarillo. Ella nunca dobló un tema, era

parte del grupo de baile, pero me cautivó, hasta inventé una entrevista para poder conocerla.

Al final del programa siempre había grupos esperando en la calle la salida de los bailarines, quienes debían salir corriendo cual estrella de rock. Lo curioso de todo es que a dos cuadras ya eran personas comunes y corrientes, nadie los molestaba ni les pedía autógrafos, esperaban la micro como todos para llegar a su casa.

Desde ese día, todos los siguientes martes de aquel octubre no iría al liceo, que era la Escuela Industrial Superior de San Miguel (EISSM), ya que se terminaban las filmaciones cerca de las 19:00 horas, que era la hora de entrada a la Industrial. Me tocaba taller con el profesor Silva, buen chato el viejo, era un gordito de hablar pausado, siempre peinado para atrás con gomina, nunca lo vi despeinado, y usaba zapatos negros perfectamente lustrados. Me hacía taller de hojalatería y matricería.

Quien sufrió de mi arranque a las filmaciones del programa fue mi gran amigo Carlos Martínez, compañero de curso y del grupo de trabajo dentro del taller, trabajador, esforzado, era tornero en madera y vivía junto a su madre y hermanos. Tenían una humilde casa con un almacén del cual dependían. Curiosamente tengo dos amigos Carlos Martínez, uno del barrio y el otro del colegio.

El Carlos tuvo que apechugar solo durante todo ese mes. Otros compañeros de la Industrial eran Vicente Zavala, de quien recuerdo sus tallas en clases, y Rafael

Salas, que venía de Curacaví, y solía críticar la situación del país. Para ir a la Industrial San Miguel, donde estudiaba de noche, tomaba el bus Renca-Ñuñoa. El primero en subir era Rafael Salas y luego Vicente Zavala con el Chico Martínez. El trayecto de 30 minutos era suficiente para hablar, comentar el quehacer diario o preparar rápidamente los temas para la prueba del día.

Yo cursaba el cuarto año, aún me quedaba el quinto año para salir de la Industrial. Con Salas y el Mono Sandoval haríamos la práctica profesional en calle Italia con Bilbao, y junto con la práctica saldríamos a marchar en las primeras protestas contra la dictadura cívico-militar. Empezaba lentamente el descontento, el "No más Pinochet". "Y va caer y va caer" sería el grito de lucha en todas las jornadas de protesta que vendrían, el pueblo despertaba de años de dormir anestesiado por la propaganda del régimen.

Nos alejamos del teatro en esa fresca tarde de primavera, sería la última vez que iríamos al programa, también sería el inicio del desarme del grupo para generar subgrupos. Finalmente sería el último gran acontecimiento que nos tendría a todos los que fuimos unidos como tales.

La gran manada, tenía diferentes clanes de amigos, ellos eran:

–El grupo de Leo y Emilio; con Yobana, su hermana Jessica, sus vecinas, la Fanny y Marco Ahues.

–Otro grupo era Fernando junto con Gloria, Oriana, Charo, Mónica y Sole.

–La otra patota era la de los hermanos Torres, los toños, Charles y mi prima Jessica con su apoyo incondicional y su buena onda.

–De la misma cuadra del anterior grupo, el Choche, Manuel, Lucho, los hermanos Marchant, Juan Echeverría y el José Moya.

–El grupo de la parroquia de Carlos y Orlando, entre otros.

Más de alguna vez en casa de Leo o de los Torres se juntó la gran manada, saltando, bailando, olvidando por un rato el presente de un destino errático, sólo era bailar por ejemplo "Dulzura" de Yazoo, o gritar a todo pulmón "Qué será lo que quiere el negro" de Pachuco.

Yobana, una idealista luchadora incansable, preciosa chica de mi barrio, siendo tan joven tuvo el gesto noble y la valentía de donar un riñón a su madre, con su visión crítica del mundo, de la situación que pasábamos en dictadura. Aún sigue con las mismas banderas de lucha buscando y peleando por un mejor mañana. Llena de esfuerzo logró sacar adelante sus estudios y su vida de dirigente sindical.

Charo, Gloria, Oriana, Margarita, Catalina, vivian en la población Jose Maria Caro, pasaje 2 Poniente, fueron las primeras amigas de fiestas, de inviernos caminados por Avenida Central, tarareando "Mirror Man" de The Human League o "Our lips are sealed" The Go-Go's.

Las hermanas Valenzuela Lara, Mónica, Sole, del pasaje Tracción de la población Ferroviaria, su padre había construido su casa con un estilo, sentido práctico. Me encantaba ver sus detalles, la piscina, el *hall* de acceso, la cocina, todo tan bien hecho, incluso tenía un patio interior. Ellas siempre lindas y alegres escuchando en un equipo mueble alemán que sonaba maravilloso a los ingleses electro-pop de new wave Yazoo, y su canción "Don't Go". Me acuerdo de esas tardes de conversaciones en el living de su casa o bajo el parrón, saboreando esos años de juventud.

Un grupo paralelo al nuestro, con el que nos unía el club Lotero 99 y las fiestas, era el que llamábamos "Ja-Ja", un grupo de muchachos que se tomaba una esquina para reírse del mundo (el Chino, el Bolita, el Pollón, el Nelson).

Al término del programa salimos con mucha emoción y bien acalorados por las luces del teatro. El sol ya se estaba poniendo, el cielo rojizo anunciaba que quedaban pocas horas de luz, los edificios del centro cívico se notaban aún más viejos, grises, feos y sobre todo tristes. Sus largas sombras se proyectaban en la calle anunciando la noche que luego caería. En los muros de los últimos pisos se podían ver las marcas de balas de aquel martes nublado de septiembre de 1973, cuando cambiaron los destinos de muchos chilenos, como el de nuestros padres, hermanos mayores y, por efecto dominó, también el de nosotros.

Don Pepe

Hoy me llaman para decirme que don Pepe falleció. Me quedo mudo un instante, respiro, pienso en mi madre, mi viejo, mis hermanos, me detengo en mi andar a un costado del camino de la vida para recordar y pensar en don Pepe y en la Juanita, su mujer, quien era menudita, una dama, educada, fina en su andar y conversar. La Juanita tenía ese gargo, ese estilo distinto, era la más querida del barrio, por ser buena persona, reservada y educada.

¿Qué es lo que recuerdo de don Pepe? Rebobino y asoman detalles, gestas, nobles actos de la vida simple, de la sencillez de la cuadra. A don Pepe, cuando yo era niño lo encontraba grande, que hablaba fuerte y recuerdo sus clásicos saludos "Nariz de lluvia" o "Marcelino pan y vino, más pan que vino".

Siempre era como el abogado del diablo, era el que alzaba la voz entre la masa silenciada por los acontecimientos. Era mecánico industrial, trabajaba en Pizarreño.

Fue el primero en tener auto en la cuadra, el cual se convirtió en ambulancia, carruaje de recién casados, parte de los cortejos al cementerio, etc. Tuvo la voluntad

y la valentía de estar siempre en primera línea. Si podía ayudar y reclamar, lo hacía. Lo describo como buena persona, perfeccionista y detallista en sus trabajos. La excelencia era su sello. Sus obras están diseminadas en su casa, en los carretones, el parrón, la reja, el detalle de su portón.

Era el padre de mis amigos Leonardo, Pepe y Mónica. Que "a grito pelao" llamaba al Pepe y preguntaba por el Leo o la Moni.

Tengo parientes de sangre y también muchos grandes parientes de vida, esos que llegan por el camino y te acompañan. Mi barriada está llena de tíos y primos, sin decirles "tíos" ni "primos". Son los vecinos, los amigos, los "don", de hecho, a los padres de mis amigos siempre les dijimos "don". Cada cual aportó lo suyo, siendo trabajadores madrugadores, obreros de sueños de un mejor mañana para su prole, simples viejos que te guiaban y enseñaban con tan solo estar, con ojos de águila sobre sus crías.

Ayer fueron otros los que partieron desde mi barrio viejo; hoy es Don Pepe. Hoy algo de todos se va con él, pero algo de él queda en cada uno de quienes tuvimos la dicha de conocerlo. Gracias don Pepe por estar acá un rato largo con nosotros, por aportar, por enseñar, por defender, por luchar, por solidarizar, por hacer de nuestro barrio un lugar digno, por tu familia.

Hoy, tal vez venga ese viejo Chevy amarillo a estacionarse en tu puerta a buscarte para tu última vuelta.

Agosto mi padre y Piazzola

"Papá nos pidió que lo dejáramos solo durante unas horas. Nos metimos en la cocina. Primero hubo un silencio absoluto. Al rato, oímos que tocaba el bandoneón. Era una melodía muy triste, terriblemente triste. Estaba componiendo Adiós Nonino".

Un día menos caluroso en esta misma fecha, casi a esta misma hora, los ojos verdes de mi padre se cerraron mirando el atardecer rojizo del invierno del 2003, despidiéndose de ese esquivo sol de agosto. No puedo evitar emocionarme, extrañarlo y agradecer el haber tenido tan noble, sencillo maestro, en noches de desvelo cuando me vuelvo niño, indefenso de pesadillas atroces, siento su mano enorme, protectora, prudente acariciar mis cabeza, siento en la quietud y en la oscuridad de la noche, su mirada serena que me cubre en un manto de alivio, lo veo venir con su bolso viejo del trabajo, dentro del su vianda, con su pañuelo a medio asomar del bolsillo trasero del pantalón, con un tranco seguro, cansino, lo veo volar lejos en esas mañanas de domingo escuchando la radio sus tangos, leyendo el diario, bajo la sombra del parrón descansando, sus manos toscas y duras enseñando la lectura o construyendo algún mueble de madera, que se esparcirán por toda nuestra casa, dejando su huella obrera. Jugando con sus nietos, ganándole a la vida.

Su letra imprenta casi de niño, su lápiz carpintero puesto estratégicamente en su oreja asomando entre sus cabellos.

Cuando agosto me llevo un pedazo grande de mi vida, me llevo trozos de mi infancia, pedazos de escuela, del enseñar con solo el ejemplo del día a día, cuando agosto me indico que era finito. Cuando el azul del cielo sin piedad me robo la mirada de mi padre, cada vez que escucho el bandoneón furioso, ese violín embriagador, con su sonido de viento rozando las olas del mar, siento como la locura, el dolor, la tristeza se funden y reflejan en esta melodía, pese que mi padre no gustaba de Piazzola, él era del tango arrabalero de la vieja escuela, sé que no quedaría indiferente al escuchar esta obra de Astor que es el tema de mi para mi viejo, mi padre obrero textil de un Santiago industrial que lentamente va quedando en el pasado, como el tranco sereno de mi viejo caminando a casa, en las tardes después del trabajo, con su bolso al hombro, su pañuelo asomando en el bolsillo trasero del pantalón y un rizo rebelde cayendo en su frente, saludándome con una palmada en mi cabeza o una suave patada en mí trasero.

No hay canción que interprete mejor el sentir de un hijo al despedir a su viejo que el hermoso “Adiós Nonino” de Piazzola.

La Noche de la Alegría

La alegría colectiva nunca fue más clara, más intensa que en esos días de Octubre de 1988, si, por esos días llego la alegría, la pura, la sencilla, esa satisfacción que nace desde el fondo del corazón, era más rica, más mágica al ser este gozo de todos, por donde fui y con quien estuve en esos días, respirabas ese gusto, fue sin odio, sin violencia, fuimos inmensamente felices, con un lápiz dijimos No, esa negación, activo en lo colectivo las ganas y emociones escondidas, reprimidas, fuimos uno solo en la calle, esa masa humana alegre, bailando, saludando, abrazando y llorando, nacía un nuevo Chile, le dimos oportunidad a los sueños, de ser un mejor hermano, un mejor vecino, un mejor ciudadano, abrimos las puertas, se abrieron las grandes Alamedas, para que en ellas, nosotros el pueblo, los nadie, los números de las estadísticas, los porcentajes de las encuestas, estuviéremos ahí en cuerpo y alma marchando, bailando, disfrutando, saboreando el haber dicho No, no más Pinochet, no más arrogancia, no más prepotencia, no más indiferencia, no más abusos, no más robos, no más saqueos, no más injusticias, no más exiliados, y sobre todo no más desaparecidos, ni muertos.

El ambiente era de fiesta, era como la canción; “En la noche de San Juan, cómo comparten su pan, su tortilla y su gabán. Gentes de cien mil raleas”.

El 5 de Octubre empezó temprano, 6:30 de la mañana levantarse, para ir a buscar a mis amigos Manuel Quiroz y Fernando Rueda, salimos a buscar los sitios de votación, que eran escuelas básica del sector, de la comuna de Pedro Aguirre Cerda y de Lo Espejo, a Manuel lo habían cambiado de sede, quedo más cerca de nuestras casas, en un colegio de la Avenida Callejón Lo Ovalle, lo acompañamos, en Avenida Central ya estaba la gente caminando, llenando los espacios, alegres los muchos, otros algo asustados, pero todos consciente que esa mañana era distinta, nos sentimos más que nunca protagonista de la historia, nuestra historia, forjadores de un cambio, esa mañana nacía un Chile nuevo y ese Chile era nuestro, de los muchos, los que no tenemos rostros, éramos los que haríamos el cambio, una simple línea vertical hecha con un lápiz grafito, el más barato de los lápices y marcada en un simple papel roneo, iniciaríamos ese cambio, un granito de arena junto a otro y a otro, formaríamos esa playa maravillosa llamada libertad.

Al llegar a la sede de votación, ya había mucha gente apostada en sus puertas, lentamente se empezó a generar una silbatina y los gritos “Y va a caer” se empezó a escuchar fuerte, el tumulto empezó a hacer presión sobre los militares que bloqueaban los portones de acceso del colegio, desde nuestra posición veíamos como se movían las rejas y los casco de los militares, la gente seguía empujando y exigir que abrieran, dentro del colegio se podían ver otros militares corriendo mostrando sus armas, por megáfono se llamaba al orden, pero nadie escuchaba ese llamado, hasta que cedieron las puertas, la gente entro corriendo a buscar

sus mesas de votación, entre gritos, silbidos y arengas, la explosión de personas agitadas, viejitos de terno y corbata, muchachos, señores con muletas, todos tratando de llegar lo más rápido posible a emitir su voto, un ambiente de cierta tensión, pero a la vez se respiraba una atmosfera de felicidad, el desafío de cumplir con un derecho, mostrar al mundo sin miedo, ese dedo manchado con tinta, signo inequívoco de haber votado.

Dejamos a Manuel entremedio de ese desorden y caminamos con Fernando hasta nuestras sedes de votación; una ubicada en la Población José María Caro, la mía y acompañe a Fernando hasta la Población Santa Olga, donde él debía votar, todo el camino fue lleno de gente que caminaba al igual que nosotros, con una sonrisa en los labios a paso seguro, era lo que pedía la oposición en esos días, votar lo más temprano posible.

Después a casa y juntarse con los amigos, almuerzo familiar, ir a casa de Carlos Martinez a compartir un rato, y esperar los resultados escuchando la Radio Cooperativa, de vez en cuando ver la televisión, sus especiales de prensa, incoloros, insípidos. Después de almuerzo ir a ver a mi polola al otro lado de Santiago, costo tomar locomoción tomaba el bus Renca Ñuñoa, debía bajarme en la Rotonda de Departamental y caminar hacia la cordillera por calle San Luis de Macul, costo más de la cuenta, ya que la Calle Departamental estaba en ciertos tramos cortada por la sede de votación y por la cantidad de gente que andaba por las

calles. Con Paula llevábamos casi un año de pololeo, la acompañe a su lugar de votación para el cierre de mesas, todas estaban llena de gente, esperando expectantes los resultados, exigir el cierre y el computo de los votos, fue la lucha de la gente, la exigencia de la gente, el reclamo de la gente, que defendió y no dio ningún margen para la duda o la trampa, recurso tan ocurrente de la clase dominante chilena, siempre actuando de las sombras, ocupando todo su poder para perpetuar sus dominios, sus privilegios. Esta vez el pueblo, la gente estaba más consciente que nunca de lo que significaba el ir a votar, no dejaría que ese acto fuera burlado por los medios o falseado por la derecha chilena.

Cada voto se cantaba, se gritaba, se aplaudía, mesas cerradas, la opción “No” ganadora en algunas por un margen estrecho, pero en la gran mayoría era el “No” la opción ganadora por amplio margen, mientras en la Televisión los especiales de prensa de todos los canales seguían desinformando, para sembrar la duda, en la calle se respiraba el triunfo del “No”. De vuelta a casa, el bus me dejo en calle Departamental con la Norte –Sur, desde ahí camine largas cuadras hasta llegar a mi casa, en el camino en ciertos lugares se podía escuchar gritos, radios encendidas dando cómputos dispares, pero el gran trayecto fue en silencio, a ratos acompañado por otros caminantes. Ya en casa escuchando los cómputos radiales que tímidamente empezaron a dar resultados favoreciendo a la opción “No”, en la televisión debates con políticos invitados proyectando cualquier cosa, solo quemando el tiempo, los resultados oficiales se dilataban, el cinismo de Cardemil y sus

resultados dando como ganador a la opción “Si”, ocupaba los debates, el silencio de las pantallas asustadas, monos animados por televisión y la gente revoloteando por las calles, algunas marchas aisladas con banderas, cantos de la Unidad Popular, Venceremos o el Pueblo Unido, estos cantos se empezaron a tomar las veredas de mi barrio, lentamente de todos los pasajes, empezaron a salir personas, el pueblo se tomó nuestra calle principal, Avenida Central en todo su largo, se llenó de cantos y gritos, ganamos vamos a la Moneda. Tímidas bocinas empezaron con su “Y ya cayo”. Por las radios de oposición ya se informaba a pie firme que el NO había ganado, el silencio del gobierno y de los partidos de derecha, confirmaban lo pregonado por esas las emisoras.

El abrazarse, muchas dueñas de casa se abrazaban lloraban de felicidad, los más jóvenes saltábamos de contento, corríamos a dar la nueva buena, una ronda, una cueca zapateada, el himno nacional cantado a todo pulmón por nuestras calles, estas coronadas por una lluvia de papel picado, banderas y gritos, éramos todos hermanos; volados, delincuentes, obreros sencillos, empleados, dueñas de casa, estudiantes, el dueño de la vulcanización, el verdulero, el carnicero, micreros, universitarios, los de la parroquia, estábamos ahí marchando, los que no se unían a la marcha espontanea, nos aplaudían desde los ante jardines de sus casa, banderas al aire, la patria de los humildes, la patria sencilla estaba de fiesta.

Entre los pocos vehículos que transitaban, apareció una micro vieja maltrecha, llena de gente con banderas apuro bocinazos se abría paso, rumbo a la Alameda, con Manuel logramos subir por su puerta trasera, ya arriba notamos que estaba llena, por las escotillas se podía subir al techo, donde otro grupo estaba gritando celebrado, trepamos hasta el techo, desde ahí pudimos ver la magnitud de gente que estaba en las calles, que hacia esa noche suya, por Av. General Velásquez viajábamos lentamente, frente al Hogar de Cristo un mar de gente gritaba, aplaudía nuestro paso, muchos de ellos eran los mendigos, los sin casa, que sonriendo nos alentaban, gritando Ganamos Compañeros, al alero de la micro un monto de personas caminaba, era "la gente de 100 mil raleas," era nuestra noche de San Juan, marchando hasta llegar hasta la Alameda, desde ahí ya no pudimos seguir más, no sé si sería que estaba cortada la calle o simplemente el mar de gente no dejaba espacio para que esta micro siguiera su camino triunfante.

"*Le ganamos con un lápiz*", era el grito de la noche, sin miedo deambulamos por esa Alameda, junto a miles, anónimos, era nuestra noche, nuestra alegría, no había odio esa noche, era solo una gran felicidad colectiva, al igual que esa noche, los días siguientes fueron de ventura. La Alameda era el epicentro de la gente y sus bailes, la gran concentración en el Parque O'Higgins, el respirar ese aire nuevo, ese aire pasadito a libertad, de saludar, abrazar a los carabineros que estaban apostados cada ciertos tramos por las calles principales de Santiago, con sus armaduras de dictadura, un simple abrazo o saludos de manos, rompía ese

silencio de los diálogos sordos, de las palizas a la carrera, de los gases lacrimógenos a distancia, ya no más, eran los días puros de sentir ese airecito loco que da la seudo democracia recién lograda.

Al volver la vista, recordar esos días, es curioso saber que al parecer que los únicos que votaron por el Sí, fueron la familia Pinochet y la Maldonado, el resto de personajes siniestros de la dictadura cívico-militar por lo que dicen ahora, da la sensación que votaron todos por el No, fueron todos héroes que evitaron el derramamiento de sangre, que presionaron para que Pinochet reconociera que había perdido, todos ahora reconocen el triunfo del No, pero esa noche eterna de la televisión chilena, ningún personero de derecha o del empresariado chileno dio un signo o señal de reconocer el triunfo del No, ninguno, simplemente se hicieron comparsa para dilatar la entrega de los resultados, esperando mezquinamente un milagro, tal vez esperaban hacer la última jugada sucia, la que siempre hacen los cobardes, o tal vez estaban entre pasillos negociando la alternativa que se tomó mi patria. Si las cúspides partidarias, traicionaron o se vendieron al gran sistema, sistema impuesto con sangre y dolor del pueblo, tuvieron solo chispazos de hacer los cambios esperados, de espalda a la gente que los levanto en sufragios, simplemente se aseguraron su futuro y el sus parentelas, mientras los sin rostros, los que son solo números o porcentaje en la historia de la patria, los que hicieron posible que esa noche la alegría llegara, aún estamos esperando los frutos de esta patria grande, generosa, nuestra.

Si la euforia es breve, es un estado, un momento, un breve fragmento de tiempo, pero nadie me podrá borrar lo que sentí en esos días de octubre de 1988, tocamos la alegría, por breves instantes, la respiramos y sentimos que este Chile era un poquito más generoso, menos clasista, menos indiferente, menos desigual, se sentía un Chile justo, un Chile digno. En esa noche de primavera por un momento breve se abrieron las Grandes Alamedas y pudimos pasear por ella, donde el Chile imaginario de muchos, la copia feliz del Edén se hizo presente.

Las Zapatillas de Brian - Ficción

Este lunes el *Moncho* se levantó con más ganas que nunca, eran cerca de las 5 de la mañana, era agosto, estaba todo helado, las últimas lluvias habían dejado su huella en los pasajes de la población *Lo Valledor Norte*, habían charcos por doquier, unos parecían mapas mundi, otros pedazos de noche desparramos en la tierra de cada calle del barrio, se podían ver las estrellas reflejadas en esos charcos, abrió la puerta que lo dejaba en el patio respiro hondo, un halo de su aliento se impregno con la mañana que llegaba, pensó que una nueva semana empezaba, cuantos lunes así tenían en su cuerpo, el lunes el día gris, el día odiado, día largo de lento caminar, el menos querido de los días, pero ese lunes estaba más contento, pese a las lluvias, había tenido un par de semanas de mucho trabajo y de buenas *moneas*, las cuales estaba juntando para cómprale a *Brian* su hijo, las zapatillas *Nike* que tanto ha deseado, se refregó los ojos, soplo sus manos para entibiarlas reviso minuciosamente su carretón, la revisión que hacia todos los días antes de emprender el viaje a *La Vega Lo Valledor*, apenas tomo la baranda sintió que el hielo del fierro llegaba a sus huesos, al poco andar este se entibiaba y dejada de calar tan severamente, el fin de semana lo había engrasado

así que los perros casi no sintieron el ruido de las ruedas solo se levantaron cuanto el *Moncho* de un solo tirón abrió el portón que da al pasaje, salieron corriendo como desesperados a buscar las pocas bolsas de basuras que a esa hora están ya amontonadas en los depósitos de basura municipal. El silbo como de rutina para llamarlos, como siempre ningún acudió a su llamado, movió la cabeza negativamente, giro su carretón rumbo a *La Vega* pisando charcos y barro. Así con su ruido de carretonero, silbando la vieja cumbia "*Pobre caminante que cansado esta*", su sombra se fue alejando de su hogar, la neblina empezó lentamente a desdibujar al *Moncho* a medida que se alejaba. Atrás quedó como mudo testigo de su salida la luz amarillenta de una ventana, seguramente la de la cocina, donde había tomado su acostumbrada taza de té con su pan marraqueta y un par de huevos revueltos, la *Chave* que un rato más empezara la rutina de dueña de casa, de seguro le reclamara a la vuelta el descuido, de haber dejado toda la mesa sucia y de no haber apagado la luz antes de salir.

Mientras arrastraba su carretón pensaba que estaba en buena racha, que este invierno no había estado enfermo ninguno de su familia, el *Brain* estaba con reguenas notas y además el profesor lo había convocado a la selección de fútbol

del colegio, la pega de hacer fletes al interior de la *Vega Lo Valledor*, estaba algo lenta pero no se había detenido para nada, pese al rudo invierno que se estaba viviendo. Los fletes estaban saliendo seguido y las propinas eran muchas veces generosas. Como hormiga estaba ahorrando junto a la *Chave* su esposa, para el sueño de la casa, ya habían salido llamado con el subsidio en Marzo, así que estaba viendo casas por la población, claro que sin apuro ya que quería juntar algo para los arreglos y también en el fondo de su corazón, le daba miedo el tener que llevar solo una casa, siempre estuvieron en el patio con sus padres, ya sea porque su pega era informal, de fletero en la vega llevaba casi 9 años o por no dejar el nido.

Lo más que había logrado en la parte laboral, era el oficio de gasfíter, de vez en cuando lo llamaba un contratista para hacer trabajos en alguna construcción, pero era un trabajo esporádico, casi siempre debía ir al otro lado de la ciudad, al barrio alto para hacer los trabajos pedidos, eso no le gustaba mucho ya que perdía mucho tiempo en los traslados, como era un hombre ordenado con las finanzas y La *Chave* era un relojito a la hora de administrar el dinero del hogar, tenían la costumbre de ahorrar, lo que pudieran. Eso era un gran alivio para él, ya que siempre decía que su mujer hacia milagros para parar la olla. Su hijo que era buenísimo para la

pelota, se merecía un buen regalo, pensaba en lo que costaban las zapatillas, que para él era mucho dinero, pero su hijo se lo había ganado con creces, haciendo pequeños ajustes a las finanzas podría darle ese regalo, lo más probable que el próximo jueves podría a ir comprarlas a la *Estación Central*.

Salió de la población por la calle *Haití* para poder tomar de esa forma *Departamental* y cruzar a la *Vega Lo Valledor*, la mañana estaba curiosamente en esa zona, con una neblina aún más espesa que las de los callejones, casi no se podía ver, solo se sentía el ruido, luego la sombra negruzca de los camiones cargados que estaba circulando, algún auto y sus luces, una que otra micro sucia, triste, casi vacía, con algunos madrugadores, trabajadores que ya hacían durmiendo, con sus caras inexpresivas, mirando a través de los sucio vidrios buscando en las siluetas de los paraderos a sus semejantes, compañeros de rutas, compañeros de sueños, colegas de penas, desgracias, de indiferencia y bostezos.

Sintió un estruendo terrible, era el reloj que estaba apuntando las 5:30, *Jaime* lo miro, pero noto que estaba más lejos de lo de costumbre, así que tuvo que de un golpe ponerse de pie, apretar el botón para detener tan molesto

sonido, antes que su padre le gritara desde el fondo del corredor, después de apagar el reloj, miro su dormitorio como buscando algo, se sobo la cabeza algo aturdido, se estiro junto con un bostezo ligero y noto que hacía frío, eso como que lo activo, arremetió con ganas el baño, previo a eso corrió a la cocina aprender el cálifonts, a trote, con mucho frío llego al baño, para desaparecer cerrando la cortina de la ducha, se dio una rápida mojada, shampo y jabón, para luego empezar el secado y perfumado, estaba nervioso casi con dolor de estómago y a la vez contento por fin lo había llamado de una empresa grande internacional, tenía su primer día de trabajo después de haber dado una cantidad de pruebas y entrevista, pensó que era su oportunidad, la que tanto busco, la paga era un poco más que el mínimo, pero era para empezar, tenía un monto de ideas, planes, quería seguir estudiando de noche Auditoria, también juntar plata para un auto y poder en un par de años casarse con *Jessica* su polola, con la cual había estudiado toda la enseñanza media, vivía en el mismo barrio. Se sentía con unas ganas, con ansias de poder demostrar lo que él podía entregar, sabia, algo menos nervioso y más ansioso, lo complicado era que la empresa estuviera en *Huechuraba* a casi dos horas de su casa, el horario estaba bien, solo se trabaja de lunes a viernes, era ideal para sus planes, de seguir estudiando.

El fin de semana había estado planeado y conversando todo lo que podría lograr si resultaba lo del trabajo. Se miro al espejo algo empañado y acomodo su corbata que hacía mucho tiempo que no usaba debido a su cesantía de 8 meses, se sentó a tomar su desayuno, pero casi no probo nada, se despidió apurado, tomo su parca, se enfundo la bufanda junto con un gorrito de lana, miro el reloj, tomo su teléfono y llaves, abrió la puerta, espero que el gato saliera antes que él, el felino paso raudo, ligero por entre sus piernas corrió por el patio y salto la reja rumbo a la esquina al depósito de basura. El gritando que al medio día llamaría para contar como era su nuevo trabajo, así se despide de sus padres, camino, toco la puerta de fierro de la reja de su casa y sintió como el frío calo en sus dedos, la abrió rápidamente, al cerrarla se metió sus manos en la parca para empezar lentamente a sentir el calor de los bolsillos en sus dedos entumidos por el frío de esa mañana, camino rápido pero con cuidado para no ensuciar sus zapatos lustrados, la neblina lentamente empezó a cubrir su sombra negra que se alejaba, dejando en su hogar, la ligera luz del piloto del cálifonts, seguramente su madre le comentara que dejo el gas dado en la mañana.

Sus pasos se mezclaron con un silbido optimista

cumbiero, recordó las fiestas de años nuevos del barrio, se alejó silbando "*pobre caminante, que cansado esta*", estaba seguro desde esa mañana cambiara su destino, tenía mucha fe, esperanza en su nuevo empleo, estaba seguro que era el puesto que tanto espero, era la oportunidad que necesitaba, se acercó a la intersección de *Alejandro Petión* con *Departamental*, camino al paradero mirando de reojo a la calle para ver si llegaba la micro, era un acto reflejo ya que por la niebla era casi imposible ver el recorrido del autobús que le sirviera. Noto que su pantalón estaba helado y pensó que era una mañana recontra fría, por la hora el paradero estaba vacío, trato de calentar algo el cuerpo sin perder la mirada en la calle, noto que pasaban los camiones a la vega, casi sin luces solo un gran bulto negro que se movía en la niebla, una sombra gigante que a medida que crecía se iba sintiendo el ruido del motor y su esfuerzo para llevar las cargas de frutas y verduras que se venderían esa mañana. No se percató que una sombra pequeña se acercaba, esta apenas hacia un ruido constante rítmico, que por la niebla era casi imperceptible a sus oídos, a lo lejos se acercaba el *Moncho* y su carretón fletero, el cual iba temprano a tomar posición para empezar el día lleno de fletes, fletes cargados de sueño viejos y nuevos, de alegría, de esperanza.

Casi al llegar al paradero Jaime se detiene, puede ver el carretón que va ligero, quién lo lleva piensa debe estar con mucho frío, por lo abrigado que va no distingue la cara, un grueso gorro de lana casi no la deja ver, pero siente el silbido, se extraña y alegra, era la misma melodía que hace un rato, él estaba entonando camino a la parada de buses. Lo siguió con la mirada sin percatarse que estaba en la cuneta saliendo ya a la calle quedando casi detrás del carretón.

Moncho noto que el individuo que estaba en la parada lo miraba fijo, sintió la mirada de ese alguien detrás de él, solo apuro un poco el tranco, trato de girar su cabeza, para de esta forma poder ver de cerca quien era, pero era imposible el carretón tapaba su visión, por la silueta que pudo apreciar noto que era joven no logro ver su cara por la niebla reinante, abrigado pinteado como para trabajar en oficina, aun así lo notaban con frio, por un segundo intercambiaron miradas sin siquiera verse.

En la parada fría, casi sin luz, estos dos hombres se topaban y cruzaban sus destinos, sin saberlo, era un frío día de invierno, el lunes ocho del mes ocho, cuando desde las sombras de la niebla, se siente una bestia enorme, con un ruido de espanto, como un toro herido, se abalanza sobre el

paradero embistiendo a *Moncho* a su carretón lleno de sueño y al joven del paradero, con su oportunidad de cambio. El ruido de frenos, neumáticos gastados pegados al pavimento, no se escucharon gritos, algunos ladridos lejanos, un golpe seco de fierros, vidrios rotos se esparció por la parada, luego el silencio, la niebla se hace más espesa no se distingue el bus, el carretón y los cuerpos.

Un grito se transformó en miles de murmullos que viene de muchas sombras que caminan, correr al lugar de los hechos, que están abajo del bus, que alguien haga algo, llamen a la ambulancia, a los pacos, exclamaban las voces, se encienden los discursos, a medida que se alzan más voces, todos miran, el silencio, la soledad que hace un rato era lo que invadía el ambiente, ahora no estaban, quien reinaba en esos momentos era el caos y todo su entuerto, gente en bata, otros con sus bolsos de obreros estaban en la parada, mirando aturdidos, tratando de entender, a medida que el celeste de la mañana avanzaba sobre ese lunes gris, se podían ver las caras, fierros retorcidos, vidrios, plásticos rotos, barro, sangre en un solo ungüento, hacía un escenario digno de una batalla, no se distinguía que era lo que había debajo del bus, menos saber cuántas personas estaban atropelladas, solo la sirena con su ruido y las luces del carro bomba logro hacer más claro el

paisaje. Como siempre al pedir antecedentes todos opinan, pero nadie vio nada.

El trabajo de hormiga de bomberos tratando de romper fierros, desgarrar latas dobladas para llegar a los cuerpos, más luces, más gente, carabineros, ambulancias, los reporteros de matinales tratando de enviar la señal al aire, para hacer pronto el despacho, es como siempre en *Santiago* un accidente que pone en primera plana al barrio, ganamos cobertura nacional en breves minutos. Los rostros de estos matinales que no tienen ni idea donde queda *Lo Valledor*, le piden por interno al notero que busque testigos, algún pariente, que se acerque a la señora de abrigo café, que está llorando, pregúntale algo, que le hagan un acercamiento a su cara, si ven niños se les hace un paneo rápido que estamos al aire, viva el morbo estamos subiendo el rating, vamos busca a la señora de nuevo, el notero se mueve entre los rescatistas, entrevista a carabineros, bomberos, se da cuenta que ya no está la señora del abrigo café y los niños se fueron, le informan por interno que si no hay mucha gente y los equipos de rescate no quieren dar entrevistas, será mejor que apaguen sus equipos, salgan rápidamente de ahí, que no es un sitio seguro. Mañana será otra la noticia, desde otro lugar peor, estará ese mismo morbo televisivo, al acecho esperando el

acierto noticioso.

Hoy solo por hoy, está el centro de lo torcido, la curiosidad, aquí en esta simple parada de barrio pobre, donde se quedan dos sueños de obreros rotos, como una semilla sin germinar, como un camino a medio andar, como la rabia de no cruzar la meta, aquí entre el barro de invierno, entre miradas de extraños cercanos ya hace la esperanza derrotada, pero es una derrota breve, casi al instante que se marchitan estas flores, vuelve de nuevo a nacer la primavera, a nacer los sueños y esperanzas en otras partes con otras personas, es la rueda de la vida, el giro que da el mundo, el giro que no se detiene. Mañana será noticia roja en los diarios, en algún rincón de alguna página perdida, quedaran sus nombres y los hechos de sus muertes. Pero hoy es el centro de toda mirada, miles de desayunos se tomarán, escuchando el comentario del accidente proletario, viendo las imágenes del despacho en directo, en este Santiago gris de esta mañana de agosto.

Ahora no es la neblina que cubre los cuerpos es una lona, carabineros resguardan el lugar, mientras se pagan las luces de los móviles televisivos, mientras los noticieros comienzan hablar de futbol, la gente vuelve lentamente a su rutina indiferente, en esa calle ensangrentada, queda una

zapatilla del *Moncho*, esta gastada de tanto acarrear sueños, a poca distancia un papel pequeño, arrugado queda botado en el suelo, con una dirección, un nombre de una sigla anotado a la ligera, anotado con emoción e impaciencia, con la fuerza de la esperanza, son la única huella, los mudos testigos de la tragedia. Lentamente el día se hace dueño de los espacios, una grúa enorme viene a buscar al bus, que esta como un animal herido, como el toro en la Plaza *De La Maestranza* de *Sevilla*, herido, pero erguido esperando otro ruedo, mientras la grúa destraba todo para mover la mole de fierro y acero, un barredor empieza lentamente a limpiar el lugar , se seca el sudor de su frente, se persigna mirando los hechos, saca una pequeña flor humedecida por el roció de la mañana, de una casa cercana. La toma y besa dejándola en lo que quedo de la parada, es el mudo, pequeño homenaje a esos seres caídos y lentamente se pierde cabizbajo. El ruido de la calle y su constante palpitar empieza a tomar el mando, es otro día más en la ciudad, luego de un rato de silencio, la constante de la vida entra en su rutina hace su mueca siniestra, como indicando un “*Aquí no ha pasado nada*”.

Mi barrio

Nuestras calles tienen nombres de próceres de nuestra América morena, tales como Alejandro Petión*, Gerardo Barrios* y Amador Guerrero*. Aquellos nombres marcaban el límite físico de nuestra cuadra, era nuestro territorio, una mezcla rara. En un extremo, un pedazo de tierra ancho, que servía de cancha, y al otro extremo un pasaje angosto, largo, como un embudo, con todas sus casas de un piso, las cuales se adornaban en navidad con guirnaldas, incluso más de una vez se cruzó de extremo a extremo con luces de colores. Debajo de éstas, nosotros los niños corriendo, iluminando la noche con estrellitas o rompiendo el silencio con petardos, esperando la llegada del viejito en noche buena.

Mi madre tenía garra, voluntad de luchar, fuerza para generar cambios y conseguir las metas propuestas. Fue una peleadora toda su vida y una leona defendiendo a sus cachorros.

---

* Alejandro Petión (1770-1818), militar y Presidente de Haití. El lema de nuestro escudo, “Por la razón o la fuerza”, se lo debemos a él. Gerardo Barrios (1813-1865), militar y Presidente de El Salvador. Amador Guerrero (1833-1909), médico colombiano, gestor activista en la creación de Panamá.

Mi padre era silencioso, trabajador, tenía ñeque y sacrificio. Caminaba desde Gran Avenida a la casa cuando empezó en este sitio lejano, cercado por mallas de alambre. Él era sencillo, justo, no me enseñó con palabras, sino con sus actos. Un noble maestro, un sabio, mi guía.

Mis hermanos, tan iguales, pero a la vez tan distintos:

El Laly, el mayor, fue quien abrió el camino, siendo el más audaz, el más aventurero, el primero. Recuerdo cuando junto con el Pepe León fabricaron un proyector de cine con un tarro para llevar parafina, una lupa, una lámpara y un viejo rollo de película en la cual lo único que veíamos eran unas sombras de caballos galopando en la pared de nuestra habitación. Tardes enteras de inventar y reparar la rústica máquina de ver cine.

Germán, con su eterna niñez, su música, su club Universidad Católica, su sencilla forma de ver la vida.

Mi hermana Ely, la mamá chica, siempre pensando en el otro, apoyando, guiando, entregando cariño, buena fe.

Mi hermana chica Olga José, llego cuando yo era un joven más pendiente de la calle que de la casa, regalona de todos, llenó la casa con su infancia, junto a mis sobrinas que llegaron en patota, el color y la alegría de esos años fue verlas jugar y crecer, tres llantos, tres risas, hacerse mujer desde una familia vieja, de un patio viejo, de un barrio viejo, pienso que no le fue tan fácil.

Mis sobrinas y sobrinos fueron la nueva sabia de este barrio, la nueva fuerza. A su vez, a mi cuñada María le recuerdo su silencio, su sencillez, siempre acompañando a mi hermano, cuidando y criando a sus crías.

Repasando cada rincón del barrio me detengo en su policlínico, el jardín infantil, cada vereda por las cuales corrí y jugué a más no poder, atesoro todos esos pequeños grandes recuerdos.

Los Quiroz eran una patota de hermanos con don Carlos y la Sra. Nena a la cabeza, que vivían al frente de mi casa. Eran revoltosos, apatotados, leales y esforzados. Manuel, el menor, era porfiado, imitador del Chavo del 8, el enojón amigo del lote, el sacrificado trabajador que de madrugada salía en su bici rumbo al matadero.

Del barrio también recuerdo a los Jiménez (el Lucho y sus hermanas), los Rueda Zúñiga, los León Solís, los Valenzuela, los Flores, los Zambrano, los Tapia, los hermanos Rojas (el Quique, Marcos, Carlos y Laura), los Jara, los Hueiquil, los Torres Méndez, Don Rola y la Sra. Josefa, pareja de rock and roll y de tango, eran los Cisternas, con sus hijos; Rola, Emilio y la Suny, la imprenta de la esquina de la familia Ahues, la señora Lucha y don Agusto que ponía tejas, reparaba techumbres, don Braulio y su pescado del Mercado Central, el Juan Echeverría con el Nono y su mamá la Sra. Gloria, el Toño Beltrán, la carnicería "Las Maravillas"...

Mi tía Hilda, prima de mi madre con su tejer, su lento caminar, y su mirada de reojo, su cariño, mi tío

Nano Pimienta su marido, siempre de terno, su bigote, y su peinado engominado, mis primos, el Nano chico, flacuchento arquero del club Loteros 99, aguantando cada pelotazo, mis primas, la más regalona Jessica.

Otros vecinos eran la señora Amalia, de los pies de mi casa, la Hildita, don Guillermo y su galpón de madera donde ponía la tele, don Pepe de la verdulería, saludando alegremente, regalando una manzana de llapa junto con el vuelto de la compra, don Juanito, el "*Bombero*", siempre amable con una eterna sonrisa en sus labios.

Mis amigos del barrio no van a desaparecer, basta mirar la calle de mi infancia y ahí estarán. En cada barrial de mi Santiago estarán esas eternas patotas de chicos tratando de cambiar el mundo, buscando su mañana, luchando por su sueño. En cada risa de un grupo de pelusas traviesos que se tiran agua en un parque estarán presente. Los puedes buscar en el brillo sincero de la mirada de un joven que enfrenta alguna dificultad. A ellos los sentirás en cada abrazo apretado de desear lo mejor al compañero, en cada gesto de ayuda sin esperar nada cambio.

Mi barrio de obreros, de mesas sin mantel, de la marraqueta *pelá* y su té, de esfuerzo, de la ropa parchada, de zapatos remendados.

Mi población es igual a miles de barrios de todos los tiempos, de todas las ciudades; ese barrio que cuelga de mi Santiago, triste de lluvias, alegre de soles de verano;

ese es mi barrial que de tanto vivir luchando ya se ve gastado, pero sigue erguido pese a los años.

Me podría detener en las cosas o hechos malos de la población, pero no tengo ganas ni fuerzas para reprochar. Sin embargo, no soy ciego, sé que existe esa dura realidad, sé que no es un modelo de barrio, que hace noticia por la droga, que el minúsculo mundo delictual es el que le da fama a nivel nacional al sector, que algunos tienen un muy mal vivir, que se destacan por no respetar al otro, pero esos son los menos, un grupo pequeño, ya que la gran masa es la silenciosa, la anónima.

La grandeza de nuestra gente no logra ningún titular de diario, no da para hacer un reportaje de televisión. Es por eso por lo que me detengo y miro en la fealdad del entorno lo bonito, en lo podrido rescato lo sano, como el esfuerzo y las ganas de no perder la esperanza, que está en cada paradero de micros en las mañanas, donde mujeres y hombres salen a buscar su sustento honradamente, sacrificadamente.

Como pedazos rotos esparcidos en el suelo del tiempo, piezas sueltas, faltantes de algún rompecabezas que cuelga de mi mente, fragmentos de historias de personas ancladas en un barrial de Santiago.

Son estas vivencias sencillas, escondidas en el laberinto de los recuerdos, escritas con la calma que dan los años de pelo cano, algunos hechos casi olvidados, otros adornados por la fantasía, pero un escrito honesto,

modesto, un pequeño homenaje a mi gente, que se lo merece, escribí este libro porque no quiero olvidar estos retazos del paño de mi vida.

F I N

Mis agradecimientos a quienes contribuyeron:

Paula Améstica Polanco, *por su paz-ciencia y por alentarme en este proyecto.*
Horacio Díaz Olivos, *por su visión de la vida.*
Vivian Lavín Almazán, *por el apoyo y sus consejos.*
Olga Torres Méndez, *por gastar tiempo alimentando con datos estos cuentos.*
Leonardo León Solís, *por entregar estas hermosas fotos de los recuerdos.*

Bibliografía

"La alegría de tener algo. Historia del Barrio Lo Valledor Norte", Camila Silva Salinas.

Los Pobladores de Santiago; 1952-1964", Fase de Incorporación a la Vida Nacional", tesis de Manuel Loyola.

Canciones

"Margaritas", Cristóbal Fones.

"Brigada de Negro", Jorge González.

"El baile de los que sobran", Jorge González.

"Yo no me sentaría en tu mesa", Gabriel Julio

Fernández Capello y Sergio Gustavo Rotman.

“De la ausencia y de ti”, Silvio Rodríguez.

“Ma Keen Dawn”, Denis Desrouvres y Claude Valois.